



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
 DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Tres meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 20 — Madrid 15 de Julio de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por X.—*Carta de Roma*, por D. J. M.—*Los grabados*.—*Falsas alarmas de la ciencia moderna*.—*Historia de plantas y flores*, por D. Teodoro Peña Fernández.—*Robespierre* (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo.—*Mucha ciencia conduce a la fe; poca, aleja de ella*.—*Discurso leído ante la Real Academia Española, en la recepción pública del R. P. Miguel Afir* (continuación).—*Culto al Sagrado Corazón de Jesús*, por D. L. M.—*Miscelánea*.
 GRABADOS.—*Emmo. Sr. José Hipólito de Guibert*, Arzobispo de París.—*Trabajos para la apertura del canal de Panamá*.—*En el bosque*.—*Monsieur Malou*, jefe del partido católico belga.

Y no me lleva sólo el deseo, tan natural en este tiempo, de respirar un aire más fresco que en nuestras calles y casas, sino otro designio relacionado con mi oficio de revistero.
 He podido observar que el Salón del Prado es indudablemente un gran sitio de pesca, y no se escandalicen ustedes, que yo me explicaré.
 El que, como yo, va al Prado con cierto espíritu de observación y aun de curiosidad más ó menos indiscreta, y tiene la suerte ó elige la ocasión de sentarse cerca de alguna de esas tertulias que allí se

improvisan, lleva mucho adelantado para ponerse al corriente de todo lo que pasa en Madrid... y aun de lo que *no pasa*, como, por ejemplo, los billetes falsificados del Banco de España.
 En este sentido he dicho que aquel es un gran sitio de pesca. Anoche me propuse hacer un ensayo, y después de imponer silencio á la locuacidad de mi sirviente para no distraerme en la faena, tendí la caña, y voy ahora á ofrecer á mis lectores algunos de los productos de mi pesca.

LA DECENA

CENOS huyendo del calor, otros persiguiendo el descanso, otros porque han oído decir que es de buen tono, los menos por necesidad y los más por costumbre, todo el mundo emigra de Madrid en esta época del año.
 Al decir *todo el mundo*, hablo del mundo que puede permitirse el lujo de veranear, bien sea porque tiene para ello bienes de fortuna ó porque, no teniéndolos, tiene crédito para procurarse algunos miles de reales con que pagar las molestias de un viaje, la estancia, poco cómoda y excesivamente cara, en alguno de los puntos designados por la moda para bañarse, y los trajes y adminículos que es preciso lucir en esos establecimientos, donde las exigencias sociales son infinitamente más alambicadas que en la corte.
 A pesar de esto, quedamos por acá bastante gente para no echar de menos á los emigrantes, y con la ventaja de que nos encontramos mucho más á gusto, porque el fresco de las noches se reparte entre menos número de personas y tocamos á más.
 Esta observación hacía yo anoche á mi criado Roque, sentados ambos en el Salón del Prado. Porque es de advertir que, á despecho del doctor, he seguido acudiendo á ese paseo desde la noche en que me tropecé allí con D. Próspero.



EMMO. SR. JOSÉ HIPÓLITO DE GUIBERT, ARZOBISPO DE PARÍS,
 † en París el día 6 del corriente.

— Me han dicho, Alfredo, que se ha deshecho la boda de usted con Julia... ¿es cierto? — preguntaba una señora como de cincuenta años, madre de dos señoritas de veinte á veinticuatro.
 — Sí, señora, es desgraciadamente cierto...
 — Diga usted más bien afortunadamente — interrumpió otro caballero más entrado en años, mientras encendía un cigarro.
 — He dicho y repito *desgraciadamente*, porque esta frase responde mejor á mis sentimientos.
 — Julia es algo coquetuela — dijo una de las señoritas presentes.
 — Permita usted que lo niegue — contestó Alfredo algo secamente.
 — No, coqueta no — exclamó la otra hermana — lo que sí me parece es un poco presumida...
 — Y bastante pretenciosa en el vestir — añadió la señora de los cincuenta años.
 — No se cansen ustedes en atribuirle defectos que yo no he encontrado en ella y que no han entrado para nada en nuestro rompimiento — dijo algo impaciente Alfredo.
 — Pues entonces... — exclamaron en coro la madre y las hijas.
 — Pues entonces — dijo Alfredo — si no me caso con Julia es porque... no tengo posición.
 — Eso podía usted haberlo mirado antes — objetó la señora de los cincuenta; — además de que, con un sueldo de catorce mil reales...
 — Y si ella es econó-

mica y hacendosa — añadió una de las hermanas...

— Ea — exclamó Alfredo como quien toma una resolución heroica; — ya que hablan ustedes de esto, les diré sin rodeos que tanto Julia como otras muchísimas señoritas de su clase...

— De la clase de pobres ¿no es verdad? — dijo riendo la señora mayor.

— Pues bien, sí; esas señoritas, ó por mejor decir, sus mamás se equivocan en el camino que eligen para que las chicas saquen novio. Creen que presentándolas en teatros, paseos y reuniones con un lujo impropio de su posición y privándose á veces hasta de lo más necesario á la vida para alimentarle, llegarán más fácilmente á realizar sus aspiraciones, y lo que consiguen con eso es labrar la desgracia de las jóvenes. Porque acostumbradas desde niñas á no pensar, ni hablar, ni soñar, ni vivir más que para el atavío exterior, difícilmente podrán renunciar á él ni acomodarse á los goces sencillos y apacibles del hogar doméstico.

— Me parece que exagera usted mucho, Alfredo — dijo la señora; — una muchacha honrada y juiciosa sabe amoldarse á las circunstancias y sacrificar esos pasajeros caprichos cuando encuentra un hombre digno que le da su nombre.

— Es posible; pero ese hombre digno, como no puede decorosamente entrar en ciertas explicaciones ni concertar pactos de sobriedad y de arreglo para el porvenir con su novia, lo único que hace es lo que yo he hecho respecto de Julia.

— ¿Y qué ha hecho usted?

— Estudiar sus inclinaciones, calcular el importe de cada uno de los trajes que la he visto estrenar, contar el número de sombreros que gasta en cada estación del año, distribuir mentalmente los 14.000 reales (con descuento) de mi sueldo entre modistas, zapateros, guanteros, perfumistas, etc., etc., y sacar en limpio que no alcanza mi sueldo del año ni para un semestre. Así, pues, he presentado mi dimisión...

— ¡Qué disparate! — exclamaron las dos jóvenes — ¡Dejar un destino tan bonito!

— No, señoritas, mi renuncia no es al destino, sino á la mano de Julia.

Esta conversación se vió interrumpida por la llegada de otro personaje, cuya descripción omito por la brevedad, y que después de saludar familiarmente á los circunstantes y tomar asiento entre ellos, dijo, limpiándose el sudor:

— ¿No saben ustedes la gran noticia?

— ¿Qué ocurre? — exclamaron con ansiedad las señoras.

— Todo Madrid está alarmado... Ahora vengo del Imperial, y allí, como en la Carrera de San Jerónimo y en la calle de Sevilla, no se habla de otra cosa.

— Pero ¿tendremos jarana? — dijo asustada la señora de los cincuenta.

— ¿Habrá corridas? — preguntó casi temblando la menor de las señoritas.

— Eso sí ¿qué duda tiene? — contestó el recién llegado.

— ¡Ay! Pues vámonos, mamá.

— Pero ¿no sería mejor que antes nos explicase este caballero lo que pasa? — dijo un señor de pelo teñido y traje de dril, que hasta entonces no había desplegado sus labios.

— Sea lo que quiera, lo mejor es irnos á casa — insistió la señorita más joven, — si ha de haber carreras...

— ¿Y por qué ha de haber carreras? — la preguntó el portador de la noticia de sensación.

— Usted lo ha dicho.

— ¡Yo!

— ¿Pues no acaba de preguntarle si habría corridas y me ha contestado usted: «¿Qué duda tiene?»

— Corridas no son carreras, señorita; yo creí que me preguntaba usted si habría corridas de toros, á pesar de la noticia que les traigo.

— ¿Acabará usted de explicarse?

— Allí voy. Se dice, como cosa segura, que Frascuelo no toreará en la plaza de Madrid durante la próxima temporada... ¿Qué tal, es noticia?

— Sí, señor — contestó el caballero del pelo teñido — es noticia vieja y ya desautorizada por el mismo matador: lo sé de buena tinta. Conque tranquilícese usted y hablemos de otra cosa, aunque sea del calor, que es asunto de interés *candente*.

— ¡Ay! lo que es á mí, me tiene acobardada el calor — dijo la mamá de las niñas; — no se puede ir á ninguna parte.

— Sí, mamá, se puede ir á los jardines del Retiro...

— Es poco higiénico, hija mía.

— Sobre todo para ir á butaca — añadió el señor del traje de dril.

— No lo decía yo por eso, sino por...

— Lo diría usted por los cantantes de ópera italiana, que se desgañitan en aquel escenario.

— Por eso son allí tan frecuentes los gallos por la noche como los ruiseñores por la mañana — dijo el ex-novio de Julia, y se quedó tan satisfecho como si hubiera comido un gallo ó dejado escapar un chiste.

— ¿Y el teatro Felipe es también perjudicial para la salud? — se atrevió á preguntar la niña más joven. — Aun no hemos visto la *Gran vía* y dicen que es tan bonita.

— Sí será — dijo la madre, — pero sin movernos de aquí podemos verla, lo cual es más cómodo.

— ¿Desde aquí? — prorrumpieron á la vez los contentulios.

— Ya lo creo; por bonita que sea esa *Gran vía*, no lo será tanto como la *Vía láctea*... Mírenla ustedes... ¡Qué cosa tan grandiosa!

— ¿Me presta usted por un momento su abanico? — dijo el caballero de dril, dirigiéndose á una de las señoritas.

— Ahí le tiene usted — contestó la interpelada.

— Gracias, no me sirve; yo le quería para darme aire.

— Pues bien, dése usted todo el aire que quiera.

— Pero si es imposible con un mueble de estas dimensiones... Vea usted, extendiendo verticalmente el brazo, llega la circunferencia del artefacto al ala del sombrero... Esto, cuando más, podrá servir para dar aire á los murciélagos.

— ¡Qué quiere usted! es la moda.

— ¿Y ustedes aceptan una moda tan absurda, que las obliga á ir cargadas con un feísimo utensilio, inútil para todo servicio, como no sea para resguardarse de un aguacero repentino?

— Eso mismo le decía yo á Julia — exclamó suspirando el empleado con 14.000 reales. — En dos semanas compró cuatro á cual más disformes y de colores más llamativos.

— Estos muebles deberían ustedes llevarlos apoyados en el hombro — añadió otro contentulio — como se lleva un fusil, porque pesan demasiado.

— No, mejor sería — dijo el empleado — acordarse de dejarlos en casa cuando se va á salir á la calle...

— Pero, señores — interrumpió la mamá de las niñas — la moda es indiscutible.

— Como que es una institución.

— ¿Y dónde me dejan ustedes — dijo el caballero del pelo teñido — esos sombreros obelísticos recargados de follaje? ¿Y esos guantes hasta el codo, que son una protesta contra el fresco, tan codiciado en esta época del año? ¿Y esos trajes laberínticos, sobrecargados de adornos, ceñidos estrechamente al cuerpo y formados por *yuxtaposición* de capas de diversas telas, como si presidiese á su confección la idea de defender á la persona que lo lleva contra las inclemencias del frío?

— Pero ¿qué entienden ustedes de eso? — exclamó la mayor de las señoritas — ¿ni qué les importa que adoptemos tal ó cual forma de vestido?

— Si sólo se tratase de satisfacer un capricho más ó menos ridículo, podía pasar; pero se trata de algo más serio: de la higiene, de la salud, de la vida tal vez de las personas que por acomodarse á la tiránica exigencia de la moda...

— Vaya, vaya — interrumpió con viveza la mamá; — eso es llevar las cosas á la exageración.

— Yo le aseguro á usted, señora, que más de cuatro médicos se devanan los sesos buscando el origen de muchas enfermedades que se resisten á todo tratamiento, y si escudriñaran el ropero y el tocador de la casa, tal vez encontrasen allí la palabra del enigma. Yo conozco á un acreditado profesor que, llamado para asistir á una señorita que se sintió mala después de un largo paseo, y notando en ella síntomas de intoxicación, no pudo precisar la causa, á pesar de las infinitas preguntas hechas á la paciente y á su familia, hasta que por casualidad fijó la vista en unas medias encarnadas que había en la alcoba, y que la joven había llevado puestas aquel día. La *coralina*, que suele entrar como materia colorante en el tinte rojo de la seda y el algodón, puede producir envenenamiento por absorción cuando la piel con que se pone en contacto se encuentra lesionada, aunque sea muy levemente, por la rozadura de una bota ó por cualquier otra causa...

No pude continuar escuchando la conversación de mis vecinos, porque Roque me advirtió que eran

ya las once de la noche y que se sentía algún relente.

Me levanté y, apoyado en su brazo, me puse en marcha hacia la calle de Alcalá para esperar un coche del tranvía.

Mientras cruzábamos el trayecto del Prado hasta dicha calle, me propuse, por vía de entretenimiento, ir fijando en mi memoria las frases cogidas al paso entre las conversaciones de los paseantes. Allí van las que recuerdo:

— Ayer bajaron las del tercero...

— Hoy han subido los cuatros 15 céntimos...

— Y ahora se persigue el juego, pero...

— Si me toca el premio gordo nos casamos para Septiembre, Anita...

— ¡Qué cosas dijo tan estupendas...!

— No llevaría bozal...

— Lo menos á 38 grados del centígrado.

— Así es que se quedó la pobre más fría que la nieve.

— Vaya, no diga usted que no le gusta la Ramona...

— El mono que hace de lacayo sí que me gusta, mamá...

— La impaciencia me abraza...

— ¡Agua, merengues y azucarillos!

— Le digo á usted que esta silla es mía.

— Y lo mismo hace á silla que á limonera...

— Porque Madrid es una población culta...

— ¡Insolente! Vaya usted con esas palabrotas á...

— ¡Una limosna, por Dios!

— (Cantando.) No me mates, no me mates, déjame vivir en paz...

— Este pobrecito ciego...

— Mañana tiene usted vista en la sala segunda...

— Ya te he dicho que no se va al corro á oír lo que...

— ¿Y tiene usted, Prisca, el corazón...

— Cesante desde el 68.

— El tercer novio en este año; veremos lo que la dura...

— En echándole forros y trencilla, tirará todo el verano...

— ¿Y se puede saber quién escribe esas vaciedades...?

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



El asunto capital que embarga estos días la atención de la prensa europea, no es otro ni puede ser que la campaña electoral de Inglaterra. Los últimos partes ofrecen los siguientes datos estadísticos acerca del resultado de las elecciones, que no terminarán hasta fin de mes:

Conservadores ó torys	291
Gladstonianos.....	155
Liberales disidentes.....	65
Parnellistas.....	74

Total de elecciones verificadas hasta ahora, 585; faltan 85 distritos. Sin embargo, el resultado definitivo puede ya calcularse con estos datos; el Gabinete de Gladstone saldrá derrotado y la Reina se verá en la precisión de llamar á los conservadores. Pero aquí está el conflicto, pues sumados los gladstonianos, los parnellistas y los liberales disidentes, están en mayoría sobre los torys. El nuevo Gabinete que se forme quedará, como el de Gladstone, á merced de los irlandeses, que decidirán con sus votos del resultado de todas las cuestiones, haciendo imposible todo gobierno que les sea contrario. De modo, que en definitiva, ni Salisbury ni Gladstone pueden gobernar sin resolver previamente la cuestión de Irlanda. ¿Qué remedio puede tener por de pronto este conflicto? Por de pronto, el aplazamiento; pero este aplazamiento tiene que estar justificado. ¿Cómo? Apartando por completo la atención del pueblo británico de la cuestión irlandesa, llevándola á fijarse en otra que siempre le ha apasionado extraordinariamente, porque, en efecto, le amenaza en sus más vitales intereses. Nos referimos á la cuestión de Oriente.

El lenguaje del *Times*, el periódico que mejor conoce los sentimientos del pueblo inglés, y el del *Standard*, órgano caracterizado de lord Salisbury, el futuro presidente del Gobierno, respecto de la política de Rusia en Oriente, es por demás significativo. Verdad es que los actos de Rusia lo son también en el mismo grado.

Nótese que la medida del Gobierno ruso suprimiendo las franquicias del puerto de Batum tiene muchísima más importancia que todo lo sucedido

hasta ahora en las cuestiones de Bulgaria, Grecia y Montenegro; en primer lugar, porque es un acto directo de la misma Rusia, y después, porque es un ataque directo de Rusia al tratado de Berlín.

Según este tratado, el puerto de Batum, cuya posesión se debatió con encarnizamiento por los representantes de las potencias, que eran los primeros ministros de las mismas, fué concedido á Rusia y quitado á Turquía; pero con la condición precisa de que había de ser un puerto franco y abierto á los buques de todas las naciones.

Ahora bien: Rusia, al cerrarlo, por una parte cierra el Asia Menor al comercio inglés que se hace por Batum, y puede convertir el puerto en nuevo Sebastopol que amenace al Bósforo desde las mismas costas asiáticas.

Basta, por tanto, lo expuesto para que se vea destacarse en el horizonte europeo los grandes puntos negros que amenazan la paz. El interés político interior de los conservadores ingleses, que van de nuevo á subir al poder, se cubrirá con el del Imperio británico en oponerse al crecimiento de Rusia y á la ruina del Imperio turco.

De otra parte, la cuestión de Oriente retoña á cada paso con todas sus ramificaciones y se impone á la acción de las potencias.

Por último, la situación misma de Europa es tan inestable, que está produciendo instantáneos y violentos sacudimientos cuando menos se esperan. Todo, pues, presagia y anuncia nuevas tempestades, nuevas luchas, nuevas guerras para lo por venir.

Dos palabras más sobre la cuestión de Oriente.

El *Daily News* ha publicado recientemente un despacho de Constantinopla asegurando que Rusia ejerce gran presión sobre la Puerta á fin de obligar á ésta á intervenir militarmente en Bulgaria á pesar de la protección que Inglaterra dispensa al príncipe Alejandro.

Añade que no se cree que Rusia trate de abrir inmediatamente la cuestión de Oriente, pero que hay serios temores de que esto acontezca en el próximo otoño.

Ciertamente que lo de Batum es muy significativo y hasta cierto punto alarmante, tanto más cuanto se sospecha con bastante fundamento que Rusia cuenta con el apoyo de Austria y Alemania; que á la única potencia que teme es á Inglaterra y que á los únicos que teme en Inglaterra es á los conservadores, por lo cual, en previsión del advenimiento de éstos al poder, se ha apresurado á hacer lo que ha hecho en Batum, para escudarse con la teoría de los hechos consumados y justificar en su día la declaración de guerra.

Este día es la gran incógnita, pero incógnita que ha de resultar necesariamente del problema planteado en Oriente. ¿Será para el otoño, ó para la primavera, ó para dentro de algunos años? Nadie, sólo Dios puede contestar á esta pregunta. Lo único que todos sabemos es que el día vendrá.

Es ya noticia atrasada que por decreto del presidente de la República francesa, inserto en el *Diario Oficial* del 23 de Junio pasado, promulgando la ley votada por ambas Cámaras, los pretendientes directos al trono de Francia han sido expulsados del territorio francés. Los condes de París salieron al día siguiente para Inglaterra, embarcándose en el *Trepost*, puerto situado á tres kilómetros de su castillo de Eu, y los Bonapartes tomaron el mismo día el tren de Suiza.

La República puede estar ya tranquila con esta expulsión. La medida no se compadece mucho con el régimen de libertad que proclaman los republicanos; ¿pero eso, qué importa? La libertad en los labios, y en la mano el yugo de la tiranía y el látigo del cómitre.

Lo peor para el Gobierno francés consiste en el desenfreno creciente de las masas demagógicas. Estas parecen ser las llamadas á vengar los atentados contra la monarquía. No terminadas aún las huelgas, ya vuelve á hablarse de nuevas conspiraciones socialistas contra el capital y contra el Gobierno. La prensa demagógica ha recibido orden de enardecer nuevamente los ánimos y de provocar *meetings* tumultuosos, como prólogo de las luchas en las calles y en los campos.

Pero contra los socialistas no hay expulsión: al contrario, se les entrega el gobierno (?) de todas las poblaciones, comenzando por París, cuyo Ayuntamiento es un club de demagogos.

Es tristísima la situación de Francia, tanto más triste cuanto menos se ve el término de sus males.

La peste socialista que tiene su foco en Francia

no perdona país ninguno, por refractaria que sea su Constitución á los alborotos demagógicos.

Sabido es que los holandeses se distinguen por su carácter apacible, sea cualquiera el partido á que pertenezcan. Por eso mismo tiene suma importancia la siguiente noticia que traducimos de un diario extranjero, interesado en acreditar la especie de que los peligros del socialismo han sido conjurados, gracias á las reformas y concesiones inspiradas por la escuela liberal individualista.

«Ayer tuvo lugar en el Volkspark de Amsterdam un gran *meeting* socialista. El Sr. Domela Nieuwenhuys tomó la palabra, y declaró que el socialismo ha entrado en Holanda en el período de la persecución, pero que la hora de su triunfo está más próxima de lo que se cree.

Durante la reunión, el socialista Geel disparó su revólver contra un comisario de policía que estaba ocupando su puesto. El comisario resultó ileso, pero el socialista Geel fué detenido, procediendo la policía á evacuar el local, después de lo cual tuvo que dispersar en la calle á la muchumbre.»

Por no fatigar la atención de nuestros lectores no añadimos noticias semejantes de Bélgica, de Baviera, de Suiza y, sobre todo, de Italia. En todas partes hay casos que mantienen el germen y lo propagan, como una peste implacable que se ceba en los pueblos modernos debilitados en la fe religiosa.

De algún tiempo á esta parte se citan con horrible frecuencia casos en Madrid de niños cruelmente maltratados por sus padres. Este es otro fruto del paganismo que renace en nuestras costumbres. Y para que se vea que no son casos aislados, sino fruto de un mal general, recordaremos que se ha fundado en Londres hace pocos años, gracias al celo del Cardenal Manning, una sociedad ¡trabajo cuesta decirlo! para salvar á los niños de la tiranía de sus perversos padres.

El ilustre purpurado acaba de publicar un artículo-memoria sobre los beneficios de esta sociedad, y en él denuncia hechos que espantan, y que revelan que el hombre civilizado y corrompido á la vez, está por bajo de las mismas fieras, que á costa de su propia vida defienden la de sus hijos.

Sea cual sea la suerte de la civilización europea; ora sucumba ó desaparezca como la pagana de Grecia y Roma; ora se transforme arrojando lejos de sí la mala levadura que la corrompe, el artículo del Cardenal Manning será para ella un padrón de ignominia, una nota infamante é indeleble.

Sébase que en Londres, y por familias no envilecidas por la miseria, sino dotadas de cierto desahogo y aun de cierta aparente ilustración, son muchos, pero muchos, los casos de niños y niñas cruelmente maltratados: los niños y las niñas condenados á morir de hambre, faltos de abrigo y de higiene.

¡Qué frutos nos va dando el renacimiento del paganismo antiguo abolido por la Religión católica!

Nada tenemos ya que envidiar á los chinos.

Una dedada de miel.

En el próximo mes de Agosto acudirá á Lourdes una solemne peregrinación austro-húngara, que promete ser magnífica por el número de peregrinos y por la calidad y posición social.

Ya hay inscritos 5 canónigos, 96 sacerdotes entre regulares y seculares, 8 miembros de la alta aristocracia, 134 personas de clase menos elevada, y 91 señoras, siendo de presumir que de aquí á mediados de Agosto se doble el número de los peregrinos.

En la peregrinación están ya representadas todas las provincias del Imperio, y sólo la ciudad de Viena da un contingente de 61 personas.

Actos como este de fe y de piedad son los que han de salvarnos de los horrores del socialismo.

Según dicen los periódicos de Viena, un profesor de la Facultad de Medicina de aquella Universidad, el Dr. Ullmann, ha comenzado allí el día 27 del mes pasado á inocular á trece personas mordidas por perros rabiosos, el virus atenuado que llevó del laboratorio que en París tiene Mr. Pasteur.

¿Y qué hace nuestra Facultad de Medicina que no siga el mismo ejemplo? Importamos inmediatamente de Francia lo que es nocivo y perjudicial; pero este descubrimiento saludable seremos tal vez los últimos en aceptarlo.

Y á propósito de este descubrimiento con que se ufanan los franceses, conviene saber la siguiente historia que cuenta una revista italiana:

«Eusebio Valli, médico toscano que nació en Casciana el año 1755, se distinguió en Smirna combatiendo una peste. En 1783 pasó á Indostán, en donde estuvo seis años, volviendo al cabo de ellos

á Italia y se dedicó á las explicaciones clínicas en Mantua. En 1803 se encontraba en Constantinopla estudiando la peste que diezaba los habitantes de aquella población.

» Después estuvo en Francia por segunda vez, viniendo á España, y últimamente pasó á América en Septiembre de 1816.

» Entre sus escritos se encontró uno bastante importante sobre la inoculación del *virus rábico*, el que esencialmente dice: «Estando en Leghorn, el año 1790, comuniqué la rabia á diversos animales, inoculándolos con saliva de un perro hidrófobo. Efectué la misma operación en otros animales con la misma saliva, adicionada con jugo gástrico de la rabia. Después de estas observaciones efectué el tratamiento en el hijo de una viuda de Pisa y en una criada de la casa que habían sido mordidas por un perro atacado de hidrofobia. Esta inoculación neutralizó el mal que les causaba la mordedura del perro.» Sigue expresando que por el mismo método había curado la mordedura de una serpiente; modificando también el contagio varioloso, reduciendo la enfermedad al extremo de no presentar erupción cutánea.»

Si la noticia es cierta, el descubrimiento de la inoculación de la rabia no debe contarse entre las conquistas del siglo XIX. ¡Así habrá tantos!

Hay buenas noticias de Baviera. Se espera en fecha próxima que suban al poder los católicos, que, á pesar de tener mayoría en la Cámara, estaban fuera de acción.

Con este motivo dice oportunamente un periódico:

«Ya es hora de que Baviera deje de gemir bajo el poder de una minoría turbulenta, que ha abusado además de su posición cerca del difunto rey para descristianizar aquel Estado.»

El cólera se propaga lentamente por Italia. Pidamos á Dios que aplaque el rigor de su justicia.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 9 de Julio de 1886.

¡No hace mucho, con motivo de la inauguración del nuevo ábside de San Juan de Letrán, hube de indicar una vez más que las bellas artes siguen siendo deudoras á los Sumos Pontífices del desarrollo que tienen en Roma, á pesar de la situación aflictiva en que se encuentra la Santa Sede; pero hoy cumplo añadir que no deben estar menos agradecidas á Su Santidad las ciencias y las letras. En efecto, se ha publicado recientemente el tercer tomo de la grandiosa edición de las obras de Santo Tomás de Aquino, que Su Santidad tiene dispuesta y ordenada desde algunos años, y su aparición ha puesto oportunamente de relieve el grandísimo servicio que León XIII ha venido á prestar á las ciencias filosóficas-teológicas, encomendando á una Comisión de PP. Dominicos, presidida por el sabio Cardenal Zigliara, una nueva edición de todas las obras del Ángel de las Escuelas. El tomo que acaba de publicarse no contiene más que los comentarios de Santo Tomás á los libros de Aristóteles, intitulados: *De coelo et mundo*, *De generatione et corruptione* y *Meteorologicorum*; pero basta para demostrar lo fundado de mi aserto, y para quien tenga en cuenta que en dichos libros, al lado de los argumentos filosóficos figuran también muchos, entre los físicos y astronómicos, que en el día ya no podrían sustentarse con suceso, se comprenderá fácilmente lo importante que habrá de ser la nueva edición pontificia de las obras de Santo Tomás, cuando llegue el día de publicar la parte verdaderamente propia y original del Santo, no cohibida en los estrechos moldes de su comentario al filósofo pagano. De aquí se explica también por qué algunos deseaban que la Propaganda empezara á cumplir con el pontificio cometido, publicando primero la *Suma teológica*, la *Contra gentes* y los varios *Opúsculos* de Santo Tomás, que tanta y tan preclara doctrina encierran; pero la Comisión que preside á la mencionada edición optó por la conveniencia de no alejarse del orden lógico con que están dictados los libros del angélico Doctor, y puesto que Su Santidad no ha omitido nada para que la referida edición se lleve á feliz término, tomando precauciones aun para cuando él pueda dejar de existir, evidentemente la publicación, ajustada con el orden enunciado,

parece acreditar más la misma edición pontificia. Sabido es que la primera colección de todas las obras de Santo Tomás, pareció en Roma el año de 1570, gobernando á la Iglesia el papa San Pío V, cuyo nombre ocasionó para ella el de edición *piana*; andando el tiempo se hicieron nuevas ediciones, pero ninguna mereció el plauso de la *piana*, para la cual habíanse aprovechado las mejores y más acertadas lecciones, según asegurábanos el reconocido valor crítico de los PP. Echard y de Rubeis y fácilmente echábase de ver mediante el examen de las demás ediciones que nos conservaban las obras de Santo Tomás, como flores sueltas y no atadas en conveniente ramillete. No hay para qué ocultar, sin embargo, que los estudios críticos sobre las obras de Santo Tomás no estaban agotados con los del ilustre de Rubeis que acabo de citar; por eso Su Santidad quiso que al hacer la nueva edición se tomara por base la de San Pío V, pero nada se omitiera al propio tiempo para enriquecerla con las modificaciones, correcciones y ampliaciones que persuadiera el examen y cotejo de los códigos manuscritos que han venido descubriéndose durante los tres siglos que ya nos separan de la edición *piana*. Los encargados de efectuar el gran pensamiento del Papa correspondieron, cual era de esperar, á la solicitud pontificia registrando archivos, consultando códigos y discurriendo concienzudamente sobre cuanto podía facilitar la verdadera lección del texto de Santo Tomás. A no ser cronista callaría aquí muy gustoso que sólo en nuestra patria no encontraron ciertas facilidades de que gozaron en otras partes, pues he sabido con harta sentimiento, que habiéndose pedido, en el nombre augusto de Su Santidad, la temporánea y provisional entrega de tres códigos de Santo Tomás, que, según parece, obran en la Biblioteca Nacional, en la del Rey y en la de la Universidad de Madrid, no hubo medio de conseguirlo, pretextándose la máxima de que ningún código debe salir, ni para días ni para horas, de su biblioteca. No quiero examinar si nuestra España es el país en que ninguna regla general tiene excepciones particulares, y vengo á decir que, á pesar de todo, no son menos de quince los códigos en que aparece fundada la nueva edición del comentario de Santo Tomás al libro de Aristóteles *De coelo et mundo*, que, según ya llevo indicado, constituye la primera parte de ese tercer tomo de la grandiosa edición de que hablo: se comprende lo trabajoso y difícil que ha de haber sido estudiar y ponderar las variantes de cada texto, según la lección de los quince códigos; pero con el fin de que no se tache de arbitraria la resolución que en casos concretos toman los nuevos editores, buen cuidado han tenido de acompañarla oportunamente con la declaración de los motivos, ya críticos, ya filosóficos, que les han persuadido, ora mantener el texto de la edición *piana*, ora sustituirle con otro indicado por los nuevos códigos. La misma conducta han observado respecto á los comentarios sobre los libros *De generatione et corruptione* y *Meteorologicorum*, aunque más reducido sea el número de códigos, sobre los cuales se fundan para llegar á la adopción de determinado texto; nadie crea, sin embargo, que facilitará eso el trabajo de los editores, pues no gusta de tinieblas quien tiene que correr larga carrera. Además, con la nueva edición pontificia de las obras de Santo Tomás inténtase también corregir los errores que habíanse deslizado en las anteriores respecto á la autenticidad de las obras mismas. Convenían todos, en efecto, en que no deba atribuirse al Doctor angélico el comentario sobre el cuarto libro *De coelo et mundo* de Aristóteles; hay más: sobre el libro tercero de la misma obra admitíase comúnmente que sólo las primeras ocho lecciones reconocen á Santo Tomás por su autor; pero la edición *piana* parecía aceptar toda la exposición que publica sobre el libro *De generatione et corruptione* como obra auténtica de Santo Tomás, y también respecto al libro *Meteorologicorum* sólo Echard y de Rubeis habíanse permitido dudar no fuera comentario auténtico de Santo Tomás sino el de los dos primeros libros; los demás críticos, con harta frecuencia, atribuían á Santo Tomás dichos comentarios en su totalidad. Pues bien; en la nueva edición se demuestra con toda claridad, y á la ocasión sácanse á nueva luz importantes citas y se multiplican pruebas de que el comentario auténtico de Santo Tomás al libro *De generatione et corruptione* no excede el número de diecisiete lecciones, y que sobre el segundo libro, *Meteorologicorum*, Santo Tomás no nos ha dejado más que las primeras diez lecciones, de donde se infiere que cuanto en más añada la edición de San Pío V, puede atribuirse á aprovechado discípulo de B. Alberto Magno, cuya letra parece leerse entre renglones, pero nunca al Ángel de las Escuelas. No sé cuánto gustarán mis lectores de estos comentarios al gran comentador del Estagirita; deseo

sólo no les impida mi desaliñada é incompleta descripción de apreciar en lo que vale la nueva edición de las obras de Santo Tomás, pues está destinada por sí sola á asegurar á León XIII el glorioso título de protector insigne de las ciencias y de las letras: ¡ojalá muchos prescindan del corresponsal, y quieran averiguarlo por sí mismos!

J. M.

LOS GRABADOS

EMMO. SR. JOSÉ HIPÓLITO GUIBERT, ARZOBISPO DE PARÍS.

† en París el día 6 del corriente.

El Episcopado francés acaba de perder á su venerable decano el ilustre Cardenal Guibert, cuyo apostolado ha sido tan largo como laborioso y fecundo.

Nació este insigne Prelado en Hix el 13 de Diciembre de 1802. Su promoción al cardenalato data de 1873.

Ha regido catorce años la diócesis de París, mostrando en su gobierno la prudencia más exquisita unida á la firmeza de carácter y al celo incansable por la salvación de las almas. En medio de su ancianidad nunca ha decaído su espíritu, y ha muerto dando ejemplo de una piedad profunda y fervorosa.

¡Goce del premio merecido por sus virtudes y ruegue por la pobre Francia!

He aquí su testamento, según lo publican los periódicos de París:

«En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo, José Hipólito, Arzobispo de París, donde habito, declaro que este escrito es mi testamento, que quiero sea fielmente cumplido después de mi fallecimiento.

Cuando Dios me retire de este mundo, le ruego por los méritos de su Hijo adorable, de la Santísima Virgen, de los Angeles y de los Santos, que olvide mis pecados y reciba mi alma en el seno de su misericordia.

Deseo que mis honras fúnebres sean sencillas y se dé á los pobres lo que se quisiera destinar á una pompa fúnebre poco útil para mi alma...

Mi legatario universal encontrará muy corta mi herencia, reducida á algunos muebles modestos y de poco valor. Un Obispo rodeado de tantas necesidades y que ama á los pobres como á la familia que Dios le ha dado, no puede hacer economías.

Le recomiendo que mande hacer preces por mi alma y que distribuya, según le parezca, entre mis próximos parientes y algunos amigos algunos objetos de mi uso, como un recuerdo mío y para que recen por mí.

Si se ha de colocar una inscripción en el lugar en que se deposite mi cadáver, quiero que sea ésta:

Hic jacet Josephus-Hippolytus Guibert, Archiepiscopus Parisiensis, exspectans beatam spem, et adventum glorie magni Dei, et Salvatoris nostri Jesu-Christi: qui reformabit corpus humilitatis nostrae, configuratum corpori claritatis suae.

J. HIPÓLITO GUIBERT, Arzobispo de París.

Hecho en París á 24 de Junio de 1873.

«Mi querida hermana Mad. Sarrus, que es una excelente cristiana llena de fe, nada espera de mí, y comprenderá que nada la deje de mi herencia. Espero encontrarla en el cielo con mi sobrino y nuestros demás parientes.

J. HIPÓLITO GUIBERT.

TRABAJOS PARA LA APERTURA DEL CANAL DE PANAMÁ.

«La situación del Nuevo Mundo entre los dos grandes Océanos, como antemural y valla que impidió á Cristóbal Colón realizar su propósito de ir á la India por el Occidente, hizo que, aguijoneados los navegantes del siglo XVI para buscar el estrecho que les permitiera salir al mar de que había tomado posesión Vasco Núñez de Balboa, fuesen reconociendo la dilatada costa en busca del suspirado paso, y en aquellos tanteos encontrara Magallanes el Bósforo á que dió su glorioso nombre. Pero el rodeo era inmenso; buscábase con ahínco, y siempre en vano, otro paso más corto y ventajoso, y viendo que no existía se pensó en cortar alguno de los istmos que une á las dos Américas. Saavedra en 1520, y Antonio Galvao en 1528, propusieron como factible esta obra por Tehuantepec, Nicaragua, Panamá ó golfo del Darien. Era mucho para aquellos tiempos, y en los siglos siguientes no se intentó más que construir caminos que facilitasen la unión entre las opuestas costas.

«Estábase reservado al insigne Lesseps, como por derecho providencial, cortar los dos grandes istmos del globo Suez y Panamá; cortes que parecen hechos por arte de encantamiento, y que mudan la faz del comercio universal, acortando por manera increíble las distancias, poniendo en comunicación inmediata los más apartados pueblos y adelantando de un golpe muchos años el progreso material de la humanidad.

«Ambas empresas, sin embargo, son muy diferentes en punto á la dificultad de su ejecución. El istmo bajo y arenoso que soldaba el Africa al viejo continente en extensión de 140 kilómetros, sólo exigía un movimiento de tierras de 75 millones de metros cúbicos, socavados en terreno blando ó en el fondo de los lagos Amargos y de Tunsah, al paso que el de Panamá pide, en los 74 kilómetros que tiene de anchura, la extracción de 170 millones de metros cúbicos de tierra dura y aun de piedra en muchos parajes, para lograr un canal de 9 metros de profundidad y 120 de ancho en todo su trayecto; ha de cruzar 31 veces el tormentoso Chagres, que en sus avenidas crece de repente hasta cuatro y

seis metros; y para construir el canal á cielo abierto y sin esclusas ha de abrirse una trinchera de 91 metros de altura.

Otra desventaja ofrece el nuevo canal, dificultad de mucha consideración, y es la insalubridad del clima, que ha consumido ya muchas vidas, además de consumir sus obras más de 1.000 millones de francos.

Para formar una idea del gigantesco trabajo, basta saber que á fines del año pasado había en el istmo, además del material correspondiente al enorme tráfico del ferrocarril, que va junto al canal, 150 locomotoras, 5.200 vagones, 60 grúas, 800 aparatos para levantar pesos, 6.000 vagones, 600 kilómetros de vía ancha y estrecha, 20 dragas marinas y 12 americanas, 10 de vertedera, 50 remolcadores, 150 lanchas y lanchones para conducir los arranques, 200 máquinas locomovibles, 300 bombas de agotamiento y de alimentación y 82 excavadoras de diversos sistemas, además de innumerables talleres, hospitales y casas necesarias para abrigar al ejército de obreros empleados en diferentes faenas. — (M. de Velasco.)

A estas importantes obras se refieren las vistas de nuestro grabado, que no serán las últimas que demos acerca de estos trabajos, porque ciertamente excitan poderosamente el interés del mundo entero.

EN EL BOSQUE. — PAISAJE DEL PINTOR A. MEASÓN.

Este cuadro es obra maestra de pintura de paisaje. Su autor, conocido artista belga, ha obtenido muchos premios por sus cuadros de este género, donde se retrata la naturaleza con sus más bellos y delicados matices. Admirablemente grabado en madera constituye una obra bellísima, en la que de seguro se gozará el buen gusto de nuestros suscritores.

MONSIEUR MALOU, JEFE DEL PARTIDO CATÓLICO BELGA

† en Bruselas el día 10 del corriente.

A los setenta años de edad ha fallecido este ilustre republicano belga, cuya vida ha estado constantemente consagrada al servicio de la verdad y de la justicia. A su dirección se debe el triunfo que hace dos años lograron los católicos belgas en las elecciones, en virtud del cual fueron llamados al poder.

La revolución se irritó con su nombramiento de ministro y no paró hasta provocar sangrientos desórdenes. En obsequio de la paz, y minada ya su salud por la enfermedad que le ha llevado al sepulcro, abandonó el poder, dejando en él á sus amigos.

Dios haya premiado sus méritos y servicios contraídos en las batallas de la vida moderna.

FALSAS ALARMAS

DE LA CIENCIA MODERNA.

DE LOS CEMENTERIOS Y DE LA CREMACIÓN DE CADÁVERES I

ALGUNOS médicos alarmistas se han propuesto atemorizar en estos últimos tiempos al público inexperto anunciándole, en nombre de la higiene, peligros sin cuento para la salud y la vida en todo lo que le rodea: en el aire que respira, en el suelo que pisa, en el agua que bebe; peligros que, á ser ciertos, sería cosa de emigrar del planeta.

«Siguiendo este orden de ideas, les ha dado por abultar y exagerar la influencia perniciosa, sobre la salud pública, de las exhalaciones mefíticas que pudieran desprenderse de los cadáveres, aun de los que se hallan sepultados bajo la tierra; á tal punto, que al oírlos hablar con tanto aspaviento sobre ese tópico, se creería que todo cementerio se halla rodeado de una atmósfera letal que no permite vivir seres humanos á una legua á la redonda sin que sean á cada paso víctimas de horribles enfermedades pestilenciales. Para conjurar estos peligros imaginarios han propuesto quemar los cadáveres, disfrazando su sacrilega pretensión con denominaciones más ó menos pomposas, tales como *cremación*, *incineración*, ó *purificación de los cadáveres*.

«Estos señores llevan su entusiasmo y su insistencia hasta cerrar los oídos á toda observación razonable.

«Inútil es recordarles la opinión de las más altas autoridades científicas, tales como Pasteur, Bouchardat, Fonssagrives, Schützenberger, Montegazza, Zinno, etc., todo lo desdennan para seguir los impulsos de su *piromanía*.

«La Sociedad Círculo Médico-Argentino, ó mejor dicho su comisión directiva, haciéndose eco de esas declamaciones teatrales, ha elevado una nota al Ministro de lo Interior pidiendo alguna resolución que permita incorporar á los progresos del país el establecimiento definitivo de la cremación facultativa de los cadáveres.

«¡La cremación un progreso!

«Era el único que nos faltaba para retroceder hasta los tiempos del paganismo.

«La cremación era practicada mil años antes de Nuestro Señor Jesucristo entre los griegos, los ro-

manos y otros pueblos, siendo abandonada más tarde con la aparición del cristianismo.

» No vamos á tratarla nosotros bajo las diferentes fases que presenta al estudio, ni haremos mención de los delicados puntos de contacto que tiene con la sociología, la moral y la religión, porque para cierta clase de personas las razones de este orden no tienen valor alguno.

» Dejando, pues, á un lado este orden de consideraciones, veamos en qué medida los despojos mortales de nuestros semejantes pueden ser nocivos á la salud pública, para dar lugar á que una asociación científica como el Círculo Médico levante su voz para pedir á las autoridades la adopción de una medida tan extrema como la de quemarlos.

» Esta Asociación, compuesta en su mayor parte de estudiantes de Medicina, que había conseguido hasta ahora rodearse de todo el prestigio que le dan sus trabajos científicos captándose al mismo tiempo las simpatías de esta sociedad, por su circunspección en las últimas agitaciones provocadas por el liberalismo entronizado en el poder, ha venido á echar por tierra en su nota tan honrosos antecedentes.

» En ella se dice que en virtud de haber sido puesta en práctica la cremación en algunas ciudades europeas debemos nosotros adoptarla, como si estuviéramos obligados á imitar errores ajenos.

» Lo que se ha hecho en Europa, es ensayar la cremación sin resultado alguno.

» Más adelante se agrega:

« La ciencia ha demostrado que la descomposición de los cadáveres va acompañada de la formación de ácido carbónico, amoníaco, hidrógeno sulfurado, hidrógeno fosforado, exhalaciones pútridas miasmáticas, ptomainas que son verdaderos aniloides volátiles; y si á todo esto se agregan varias sales, materias orgánicas diversas y microbios, se comprende fácilmente el peligro del proceso de aquella descomposición.»

» Por lo que respecta al ácido carbónico, no hay de qué alarmarse: lo produce en cantidad infinitamente mayor la respiración del hombre y de los animales, así como la combustión de todas las materias orgánicas y de otro género, tales como el gas del alumbrado, etc.

» No es tóxico, y si produce á veces la asfixia es cuando se le respira puro y confinado, y entonces obra ocupando el lugar del oxígeno en la sangre.

» Por lo demás, su producción no envuelve absolutamente peligro alguno para la salud pública.

» El amoníaco, el hidrógeno fosforado y el hidrógeno sulfurado, los absorbe la tierra para utilizarlos en la vegetación.

» En los análisis del aire que se han hecho en los cementerios de París, no se ha podido comprobar vestigio alguno de ellos, ni aun por medio de los reactivos más sensibles.

» La presencia de las ptomainas al aire libre no ha sido comprobada jamás.

» Además no siempre son tóxicas y existen en cantidad poco considerable.

» Nada prueba que no sean ellas el resultado de la transformación de otros principios durante la extracción, pues exhalan un perfume semejante al de ciertas flores (azahares, rosas silvestres, etc.); olores que no se encuentran que separen entre los de la putrefacción cadavérica. Según Selni, se descomponen fácilmente al contacto del aire.

» No deben, pues, tomarse en cuenta para establecer los peligros de los cementerios.

» En cuanto á los microbios de las enfermedades contagiosas tan mentados, está demostrado por los estudios de Pasteur y de Callín, que son destruidos por la combustión de los cadáveres en el seno de la tierra una vez que la fermentación pútrida comienza, esto es lo que sucede con el virus carbonoso, en los animales víctimas del muermo, tan pronto como entra en putrefacción el cadáver.

» Por otra parte, de las prolijas investigaciones micrográficas llevadas á cabo por Miquel en los cementerios de París y especialmente en el de Montparnasse, resulta positivamente demostrado: que no existen en los cementerios focos productores de gérmenes de criptógamos especiales y diferentes de los que se encuentran en todas partes.

» Este sabio físico micrografo ha establecido que el vapor de agua que se levanta del suelo, de los ríos y de las masas de agua en plena putrefacción, es siempre micrográficamente puro, es decir, que no contiene microbios; que los gases que provienen de las materias sepultadas, en vía de descomposición, están siempre exentos de bacterios; que hasta el aire impuro que se hace pasar á través de carnes putrefactas se purifica enteramente con la sola condición de que el filtro inferto y pútrido se halle en un estado de humedad comparable al de la tierra á 0,30^m de profundidad.

» En fin, ninguna de las numerosas especies que

Miquel ha aislado é inoculado á los animales vivos ha podido determinar en ellos perturbaciones patológicas dignas de mencionarse.

» En vista de esto estamos perfectamente autorizados para poner á un lado esas pretendidas emanaciones miasmáticas y esos efluvios misteriosos que algunos especuladores explotan en su provecho.

» En cuanto á la contaminación de las aguas, no hay tal contaminación. M. Pasteur ha demostrado que la tierra en cierto espesor detiene todas las partículas sólidas, aun las más tenues.

» Los microbios no podrían ser arrastrados por las aguas que han atravesado los cementerios; pues M. Pasteur ha establecido que las aguas de las fuentes surgentes de la tierra, aun en débil profundidad, están privadas de todo germen, á punto que no pueden fecundar los líquidos más susceptibles de alteración.

» Por lo que respecta á los casos de envenenamientos, en que la acción de la justicia quedaría burlada, los autores de la nota resuelven la dificultad con un aplomo pasmoso.

» Esto no es exacto, dicen, « porque está perfectamente demostrado por la práctica que los venenos fijos, que resisten al calor, como el zinc, el antimonio, el arsénico, que se volatiliza, el cobre, el plomo y otros, se presentan en las cenizas ó en los reverberos de los aparatos crematorios.» ¿Y los que no son fijos? ¿Y los venenos orgánicos que no dejan rastro alguno?

» Con saber esto, los que quisieren cometer un crimen estarían asegurados.

» Entrarían en moda entonces los venenos de origen vegetal para envenenar.

» Más adelante se dice: « que los casos más frecuentes de reconocimiento en un cadáver por man dato policial, son aquellos en que la muerte ha sido producida en pelea, y en estas circunstancias bastaría la comprobación póstuma del mismo, la fotografía del cuerpo, etc., para las apreciaciones y decisiones del juez.»

» La fotografía... como se hace en la policía con los ladrones...

» Así es que el cadáver de la matrona más distinguida, el de la joven pudorosa, como el del anciano respetable, tendrían que ser fotografiados, por si acaso la justicia necesitase más tarde hacer alguna pesquisa.

» Pongan la mano sobre su conciencia los autores de la nota, y digan si les agrada que el cadáver de un miembro de su familia fuese sometido á esa vergonzosa profanación.

» Parece increíble que en el seno de una asociación donde haya médicos que tienen en sus manos la vida y el honor de las familias, haya personas que olviden que el pudor merece siempre respeto hasta en los cadáveres.»

LA CREMACIÓN EN EUROPA.

En Milán fué donde se aplicó primero la cremación. Empleábase en ella un aparato Gorini, que estaba lejos de haber llegado á la perfección que tiene el del mismo nombre que se ha adoptado definitivamente. En este aparato, el cuerpo se quema por la combustión de madera, colocada en un horno distinto.

Se ha ensayado después un sistema fundado en la combustión del gas del alumbrado. Pero el gasto, á causa del precio que alcanza el gas en Milán, era excesivo, y los resultados de la combustión parecían un hueso de chuleta olvidado en unas parrillas.

Más tarde se ha construído el aparato Veneni, que reposa sobre el mismo principio que el sistema Siemens (horno de Puddler). Este aparato presentaba inconvenientes, porque la llegada del aire, que por su mezcla con el gas inflamable proveniente de un gasógeno, debía suministrar el calor necesario, no se hacía regularmente.

En vista de esto, la Sociedad milanesa de cremación ha vuelto al aparato Gorini, enriquecido por la experiencia con numerosos perfeccionamientos de detalle.

Usase en Brescia el sistema Veneni, muy mejorado por su autor después del fracaso de Milán. El gasógeno está completamente separado del horno, que se halla colocado en la sala misma del crematorio, donde se reúne la familia. La operación dura poco más de hora y media; la temperatura varía de 7 á 800 grados.

Los residuos de la cremación en todos los sistemas empleados, varían de cinco á seis litros de cenizas ó de huesos blancos, más ó menos rotos en fragmentos pequeños.

Un solo crematorio existe en Alemania, que ha sido establecido en Gotha con autorización del Gobierno imperial y con los fondos que el Municipio ha recogido. Todos los alemanes y los extranjeros

que quieran ser quemados han de ser trasladados á Gotha.

El único sistema ensayado en Alemania ha sido el de Siemens, de Dresde. El principio es del horno de Puddler, con todos sus recuperadores de calor. Pero el sistema Siemens sólo es recomendable en las industrias donde se necesitan altas temperaturas, y la experiencia ha demostrado que en la cremación es inútil pasar de 800 grados próximamente. A partir de esta temperatura se forma al rededor de los huesos como una vitrificación, que hace del cadáver casi un cuerpo refractario.

Recientemente, en Francia. Brouardel y Bartet, en un informe presentado al Consejo de higiene pública, han afirmado que sería útil autorizar la cremación de los cuerpos que sirven para los estudios de anatomía.

El Progreso del 14 de Enero de 1885.—Hace unos cuatro años se hicieron en la cristalería de Siemens (Dresde) ensayos de combustión de cadáveres. A este efecto se mataron tres carneros y se les redujo á ceniza. Un público numeroso asistió al experimento; en el número de los asistentes se encontraban Mr. Günter, director de Sanidad de Sajonia y gran multitud de médicos militares. El horno había sido dispuesto á 1.000 grados. Se pusieron los tres cadáveres sobre una tarima y la tarima sobre las parrillas. Apenas la tarima se deshizo sobre las parrillas, las llamas saltaron y rodearon los cadáveres. Se cerró rápidamente el horno, se taparon las hendiduras con tierra gredosa, y se introdujo en el horno una corriente de gas. Una pequeña abertura practicada en él, permitió observar el fenómeno de la combustión. Se vió enrojarse las carnes, las partes grasas ennegrecerse rápidamente. No se sintió la menor fetidez. Pasados tres cuartos de hora, todas las carnes estaban quemadas, excepto el hígado y el corazón, y el esqueleto aun se conocía. Setenta y tres minutos después del principio de la combustión, los huesos estaban también reducidos á cenizas. Cuando se retiró el recipiente de éstas, se las halló de una blancura brillante, con pequeños granos óseos del color del alabastro. El peso del residuo era de dos kilogramos y medio: el fuego había devorado ochenta. En los Estados Unidos la crematoria hace también víctimas: allí, bajo la influencia de las ideas protestantes, presenta á veces formas extrañas. Así es que la Sociedad alemana de cremación en Nueva York, que cuenta, según dicen, en su seno 450 socios, ha resuelto erigir una sala conveniente, con murallas de hierro de sesenta pies de largo y cuarenta y cuatro de ancho, con una rotunda sostenida por ocho columnas. En el centro se erigirá un altar, consagrado á las ceremonias religiosas; y sobre una plataforma, enfrente del altar, se depositará el cadáver. Acabada la ceremonia religiosa, descenderá el féretro gradualmente, por medio de tornillos y de tuercas, á un horno, donde estará expuesto á una corriente de aire calentado á 1.000 grados del termómetro de Fahrenheit. Se ha calculado que la combustión completa del cuerpo expuesto así se hará en hora y media, después que el féretro fuese trasportado de nuevo al altar. Las cenizas serán entonces recogidas en urnas preparadas por la familia del difunto. Va unido al horno un aparato para la condensación de los gases y del humo.

De *La Liberté*, de Friburgo, periódico de la Suiza católica, es el notable artículo siguiente, que trata del mismo asunto:

« Háblase mucho, desde hace algún tiempo, de la cremación é incineración de los muertos. Afírmase que personas serias están enamoradas de esa novedad, tomada de la antigüedad. En varias localidades suizas se han formado asociaciones para la su cremación. Cada miembro se compromete á ser quemado después de muerto, compromiso quizá algo difícil de cumplir, puesto que depende de los supervivientes ejecutar la cláusula principal ó no tenerla en cuenta. Sea lo que fuere, esas sociedades hacen adeptos, y me parece interesante hablar un poco sobre ese asunto que, por algún tiempo al menos, estará á la orden del día en las naciones civilizadas.

Los partidarios de la cremación invocan en apoyo de su innovación las razones siguientes, que hemos recogido con esmero en los diversos periódicos:

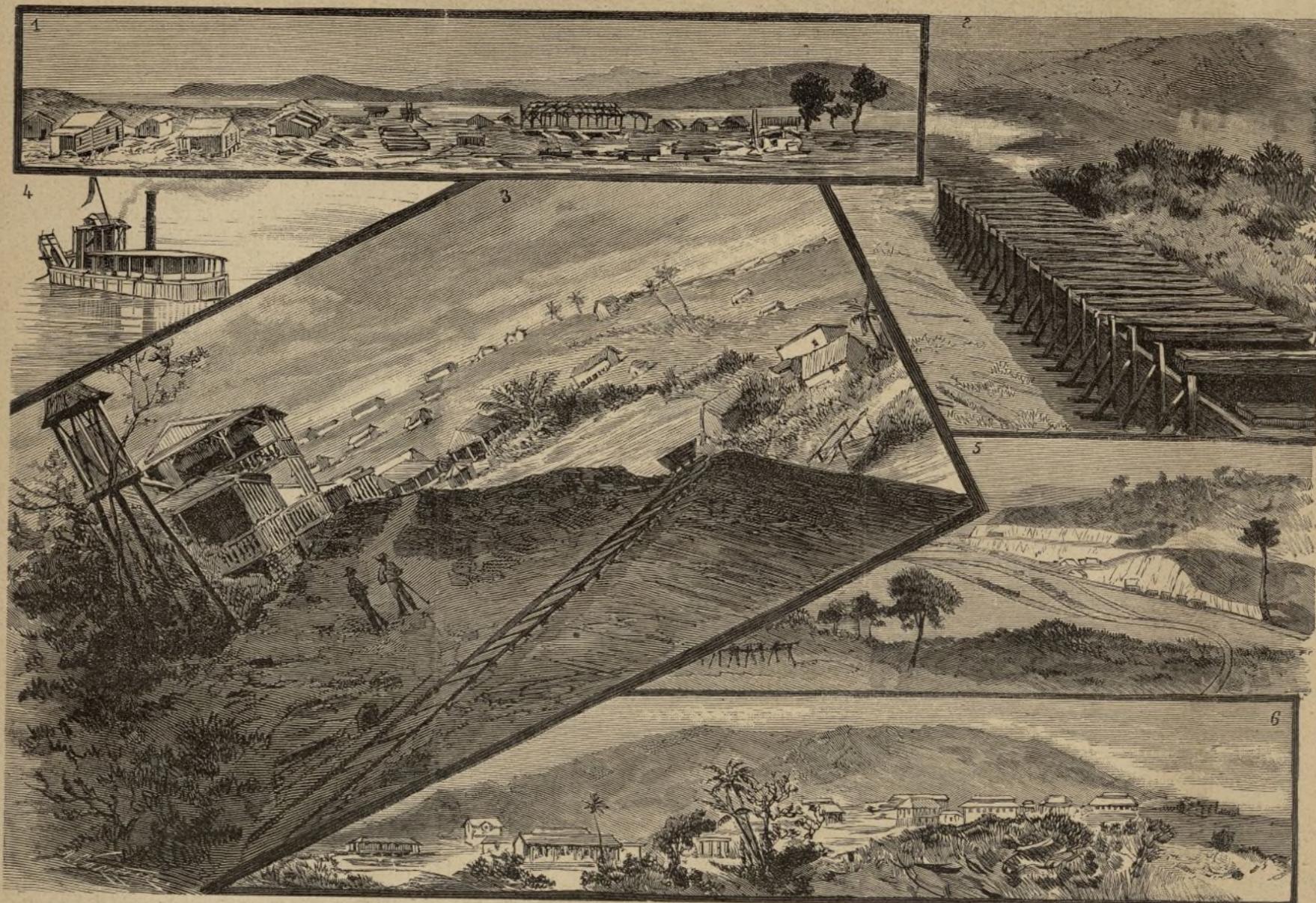
1.º La antigüedad practicaba la cremación: luego también nosotros debemos practicarla.

2.º Ese sistema tiene la ventaja de simplificar los últimos homenajes que tributamos á los difuntos, puesto que no se trata ya sino de quemarlos y recoger sus cenizas en una sopera.

3.º Las administraciones municipales no tendrán ya que suministrar á los muertos campos santos que pueden emplearse más útilmente en alojar á los vivos.

4.º Se evitan los perjuicios del contagio.

TRABAJOS PARA LA ABERTURA DEL CANAL DE PANAMÁ.



1. Vista de las obras en la boca y en el estuario de Río Grande. — 2. Presa de las cascadas y arrastre de los desmontes hasta el río Obispo. — 3. Campamento en el centro del istmo. — 4. Obras en el río Mindí: draga de vertedera. — 5. Altos del Emperador: obras en el cerro Lapita. — 6. Hospital central de Panamá en la falda del monte Ancón. (De fotografías.)

5.º Las familias podrán conservar los restos de sus miembros difuntos en un armario ó una *étagère*, mientras que con el sistema de entierros no pueden reposar sus tiernas miradas sino en una fría losa que nada dice á sus corazones.

6.º Es más grato para el difunto ser quemado que enterrado.

Tales son, enumeradas sin orden, las diversas razones que hemos oído alegar. Volvamos á ellas.

« 1.º La antigüedad practicó la cremación. »

Miserable razón que apenas necesita refutarse. La antigüedad practicó también la poligamia, aplaudió las luchas de gladiadores, tuvo la esclavitud y despreció á la mujer.

¿Es acaso una razón para que tengamos siete ú ocho mujeres, para que excitemos á los hombres á degollarse entre sí, para que tratemos á una categoría de ciudadanos como acémilas, y miremos como simple máquina á la mujer, destinada á ser nuestra compañera y á embellecer nuestra existencia con las múltiples gracias de su cuerpo y de su espíritu?

« 2.º Ese sistema simplificará los últimos homenajes que tributamos á los difuntos. »

Esto es hacer retroceder el problema, pues falta saber si lo *más simple* es necesariamente lo mejor. Cuando se trata de honrar á aquellos á quienes amamos, ¿semejante consideración habrá de tenerse en cuenta? ¿Regatearemos á los difuntos los cuidados supremos, por penosos, por costosos que sean? ¿Simplificar! Cuán propio es eso de nuestro siglo, que sólo piensa en vivir lo más cómodamente posible; cual si para eso estuviéramos en este mundo.

Y por otra parte, ¿podrá un esposo, sin que se le desgare el corazón, arrojar á las llamas de un horno municipal el cuerpo de allí adelante yerto de aquella á quien amó?

¿No es más normal confiarlo á la tierra y dejar que ésta opere lentamente y lejos de nuestra vista, su obra de destrucción? Hay algo de brutal en activar la descomposición de su cuerpo entregándolo á la llama devoradora; parece como que se desea

con ansia reducirlo al estado de una pulgarada de cenizas. Los que sólo escuchan las sugerencias de un utilitarismo grosero, pueden únicamente ser seducidos por ese procedimiento brutal que corre parejas con el vapor, la fotografía y el cañón Krupp.

« 3.º Los Municipios se verán dispensados de suministrar campos santos. »

Es cierto. Sólo les incumbirá tener á disposición de los contribuyentes un horno común, donde irán á sepultarse los restos de los que nos son caros. Un aroma de carne asada se esparcirá por las cercanías y abrirá el apetito á la familia del difunto; las cenizas recogidas podrán, puesto que se quiere lo *útil* á todo trance, emplearse con éxito para la inmediata lejía, y el progreso del siglo quedará satisfecho. Pero la conciencia y la sensibilidad de los corazones delicados podrían muy bien no decir otro tanto.

« 4.º Se evitarán los perjuicios del contagio. »

Esta razón es fútil: un cementerio convenientemente dispuesto y mantenido con cuidado, no debe exhalar ningún miasma funesto. Los cementerios no pueden, pues, considerarse como cómplices del cólera.

« 5.º Las familias podrán conservar los restos de sus allegados. »

¡Ah, y qué hermosa ventaja! Tener sobre una mesa, entre un piano y un costurero, un salero que encierre á aquéllos á quienes hemos amado! Prefiero cien veces saber que yacen bajo la cruz modesta del cementerio, reposando en paz en la soledad, lejos de los clamores humanos, á ver sin cesar esa urna lúgubre, asistiendo al alboroto de nuestra vida febril, expuesta ¿quién sabe? á ser derribada por unos chiquillos turbulentos, y compartiendo las mil vicisitudes de nuestra agitación terrestre.

« 6.º Es más grato para el difunto ser quemado que enterrado. »

A lo cual contesto que ningún difunto ha afirmado jamás nada categórico sobre el particular. Pero me figuro que su veredicto sería del todo distinto, y por mi parte me sería absolutamente desagradable

ser puesto sobre las parrillas, aun después de muerto.

Pudiera enumerar las razones que militan en pro del *statu quo*. Me sería posible, entre otras, exponer la razón *jurídica*: para hacer constar que la muerte ha sido causada por un crimen, se recurre con frecuencia á la exhumación y á la autopsia del cuerpo de la víctima presunta; así han podido probarse científicamente varios de los más curiosos envenenamientos de este siglo. La química ha venido en auxilio de la Medicina legal, y el análisis de las sustancias venenosas administradas al difunto ha sido llevado hasta el último grado de precisión sorprendente. ¿Qué es, con la cremación de los cuerpos, de ese elemento de información tan esencial? ¡Id á buscar huellas de arsénico ó ácido prúsico en una pulgarada de cenizas! La justicia se verá privada, por esa innovación verdaderamente insensata de la cremación, de uno de sus más útiles medios de investigación.

Se envenenará con toda seguridad, los envenenadores serán absueltos por falta de pruebas, y á la cremación deberemos esa impunidad chocante.

Hubiera podido haceros ver igualmente que el enterramiento de los muertos es único conforme con la enseñanza bíblica.

Se ha dicho: « *Polvo eres y polvo te volverás* » y no ceniza. El *polvo* es precisamente la tierra de que ha sido sacada nuestra raza; ésta salió de la *tierra* y á ella debe volver por medio de la inhumación. San Pablo (I Cor. 15) habla de *sembrar el cuerpo*, y lo compara al grano. ¿Qué es *sembrar* sino arrojar *en la tierra*? El cuerpo debe ser depositado en ella, para que el germen de un cuerpo nuevo pueda desarrollarse. — No se obtiene una espiga arrojando al fuego un grano de trigo.

Hubiera podido desenvolver largamente esos diversos argumentos; me atengo á lo dicho por hoy, y hago constar que la cremación es tan contraria á las enseñanzas bíblicas, como en rebeldía se halla contra el buen sentido y las sanas nociones jurídicas.



EN EL BOSQUE.

Cuadro del pintor A. Meason.

Quemar los cuerpos es hacer, por medios artificiales, el trabajo que la tierra debe naturalmente consumir; es ultrajar el respeto que le es debido, es lastimar brutalmente los sentimientos nobles y delicados. Esta execrable innovación parece inspirada por un soplo diabólico; y en cuanto á mí, conservador en ese dominio, prefiero la tierra al fuego, y me opondré formalmente, por medio de una cláusula de mi testamento, á que mi cuerpo sea pasto de las llamas.

He aquí los términos enérgicos con que protesta *L'Univers* contra los primeros ensayos de la cre-

mación, realizados en París con violación de la ley de sepulturas:

«Esta ley estúpida é impía (la futura ley de cremación) nos espera y vendrá como vino la ley sobre la instrucción obligatoria. Se nos arrebatarán nuestros muertos como ya se nos arrebataron nuestros hijos. El Estado dirá que le pertenecen. Esto comienza ya; aquéllo ya se realizó. En una asamblea general de dicha Sociedad (la instituída para propagar la cremación de los cadáveres), el presidente ha anunciado como una buena nueva, que la causa de la cremación acababa de alcanzar un éxito. Y

¡qué éxito! Hasta ahora, á pesar de sus instancias la autoridad administrativa no había creído podía pasar más allá de la ley vigente, que sólo autoriza las inhumaciones y los embalsamamientos. La primera infracción ya se ha cometido. Los detalles son repugnantes. El Prefecto del Sena ha sido el primero en permitir, á título de ensayo, la incineración de los despojos de los hospitales, es decir, de los restos de tres mil cadáveres entregados anualmente á la disección. Y aun ha ido más lejos; ha autorizado igualmente la cremación de los restos mortales de los enfermos fallecidos en los hospita-

les y no reclamados por sus familias. Esta es la buena nueva anunciada como un triunfo á la Sociedad de propagadores de la cremación.

"Y mucho nos admira no haber visto intervenir al procurador de la República. El Prefecto ha violado la ley. Poco importa que se trate de cadáveres de los hospitales: ¿no son también despojos humanos, y la ley no protege al desgraciado abandonado como al rico? Se ha dicho, la ley blasona de ser la misma para todos, y he aquí cómo se observa. Si hubiese verdaderamente una ley, una autoridad, en medio de nuestra anarquía republicana, este Prefecto, que ha entregado los cuerpos de los desgraciados muertos en el hospital como vil materia de experimento á los partidarios de la cremación, este Prefecto merecería ser llevado á los tribunales por raptó de cadáveres y como violador de la ley sobre sepulturas. A estos muertos se les ha hecho violencia en su fe y en su dignidad. Eran sin duda cristianos y por haber muerto en el hospital se les ha tratado como carne de bestias." — ARTURO LOTH.

El periódico popular *La Croix*, después de insertar lo que precede, añade:

"Loth ha podido añadir que estas gentes comprenden perfectamente la *fraternidad*; tratándonos como bestias, tienen sin duda la intención de tratarnos como á hermanos suyos, lo que prueba que son bestias crueles."

HISTORIA DE PLANTAS Y FLORES

EL MIRTO

¿Sabes por qué al amor es consagrado
El mirto, que embellece gracias tantas?
Porque del fresco sitio que ha enlazado
Aparta con furor las demás plantas.

(AROLAS.)



El mirto, latín *mirtus*, griego *myrthos*, de *myron*, perfume, es un arbusto de la familia de las mirtáceas, de tallo ramoso, hojas ovales pequeñas opuestas y flores blancas ó amarillas, en pedúnculos axilares.

Crece en todo el litoral del Mediterráneo, principalmente en las islas y costas.

Desde la más remota antigüedad se conoce y cultivaba el mirto. Los hebreos, en la fiesta de los tabernáculos, mezclaban las ramas de mirto con palmas y olivos, llevándolas en la mano. Fué célebre entre los griegos. Como crece en abundancia en Chipre, Pafos y Citera, se consagró á Venus, en cuyas fiestas figuraba y era el emblema de *los amantes dichosos*. En los festines se hacía pasar de mano en mano un ramo de mirto con una lira, lo cual era una invitación para que cada convidado cantase á su vez versos eróticos. La musa Erato, que presidía los cantos amorosos, estaba coronada de mirto. A la vez que el emblema de *los dulces placeres* era entre los griegos también emblema de la gloria, por lo cual se coronaban con esta planta las estatuas de los héroes en el aniversario de su muerte. También coronaban á las Gracias, á los amantes dichosos, á las vírgenes tímidas, á los convidados en los festines, á los arcontes en el ejercicio de sus funciones y á los vencedores en los juegos olímpicos. Según Ovidio, en sus *Metamorfosis*, los ramos de mirto sirvieron para ocultar las gracias de Venus á una bandada de sátiros que se dirigían al cristalino arroyuelo donde tomaba el baño. Por esto los templos de Venus estaban rodeados de mirtos.

Se cuenta que Fedro, queriendo pasar á Hipólito, picó en su arrebato con una aguja una rama de mirto que tenía en la mano; tal es el origen poético de los puntos glandulosos de que están acribilladas sus hojas.

En Roma también tuvo el mirto su importancia. Delante del templo de Rómulo Quirino había dos mirtos, que representaban las dos clases de patrios y plebeyos. Según Plinio, fueron á buscarlos con gran pompa al monte Circe, y fueron los primeros árboles plantados en las plazas de Roma, considerándolos como sagrados. Se coronaba con mirto á los vencedores cuando se les concedía la *ovación*. Su aroma era muy apreciado; sus frutos servían para perfumar los vinos y tenía varios usos medicinales.

En la Edad Media servía para preparar una agua destilada, de gran estimación, que se llamaba *agua de Angel*. Se la atribuía la virtud de hermoear la piel y refrescar las carnes, y las damas hacían de ella gran uso. El mirto es también la base de la antigua *pomada de la Condesa*, célebre por un relato singular:

«Un joven elegante *mariposa de tocador*, se encontraba solo un día en el *arsenal de las gracias* de

una dama. Su mano curiosa recorrió bien pronto todos los perfumes, los paquetes, los polvos de olor, las esencias y los cosméticos. Para dar á sus labios un rojo más fuerte, más flexibilidad y más frescura, extiende con sus dedos la pomada fatal, se mira al espejo, se contempla, se admira y se *adonisa*, se enamora de sí mismo. Entra la dama en este momento, quiere hablar el joven y su boca se contrae, el contorno de sus labios se cierra y balbucea. La dama asombrada le mira, escudriña con sus ojos el tocador, ve en un frasco destapado la causa del error, y se echa á reír á carcajadas del indiscreto confuso.»

También se hacía un aceite aromático y un licor agradable con las bayas del mirto.

En nuestros días aun sirve en el Languedoc para coronar á las desposadas, con el nombre de *herba clon lagui*, yerba de los desvelos.

El mirto vive largos años, y su madera, que es muy dura, se emplea en ebanistería, marquetería y en el torno.

Tiene un aceite esencial, aromático, semejante al del alelí. La corteza del mirto es astringente, y se emplea en algunos países para el curtidoreo de los cueros como la de la encina. Se usa en Medicina como tónico, astringente y estimulante: al interior contra la debilidad del aparato digestivo, la diarrea y leucorrea, y al exterior contra el escorbuto y la caída del recto. Sus frutos son muy buscados por los toros y mirlos, cuya carne adquiere un delicioso aroma.

El mirto ugni es un arbusto que crece en Chile, donde los españoles le dan el nombre de mirtilla ó murtillo y los indígenas de *ugni*; sirve para preparar un licor de aroma agradable y moscado. Oliver dice ha visto cultivar en Siria dos especies de mirto como frutales, que daban una especie de cerezas rojas ó blancas, de gusto delicado. En Alemania se hace con el mirto un color sólido, pero poco brillante.

LA MARGARITA

El nombre *Margarita* sin epíteto designa muchas plantas de la familia de las compuestas y de la tribu de las corimbíferas, entre las que figuran la margarita de los prados, la reina margarita y otras.

Así describe Arolas la primera en la composición que la dedica:

Una entre mil ¡ verás que es delicada
Con un cetro dorado en leve giro
De láminas de plata coronada,
Con celajes de púrpura de Tiro.

Con el beso del Céforo adormida
Parece un tierno infante que en su cuna
Reposa en una selva entretrejida
Donde tiene su gloria y su fortuna.

La margarita viene del latín *margarita*, ó del griego *margarites* (*perla*) por comparación de la flor con la perla, que á su vez viene del persa *mer-varid perla*. Según Grimm viene del anglo-sajón *meregot*, guijarro de mar. Delatre dice que la palabra griega y latina vienen del sanscrito *mangari perla*, *be manger*, hermoso, que trae su raíz de *mary*, brillar.

La margarita figura en las leyendas escocesas y en las poesías de Ossian.

Así describe Arolas su formación (l. c.):

Por la muerte de Oscar, por la de un niño,
Del guerrero de casco llameante,
Que murió sin un beso de cariño,
Antes de ver la luz, que es de diamante.

Sobre la tumba de Fingal 2 se inclina,
Para llorar su fúnebre tristeza,
La dedicada y cándida Malvina,
Casi apagado el sol de su belleza.

Las vírgenes de Morven 3, cariñosas,
Por templar su dolor y su amargura,
Alfombrando sus pies de frescas rosas,
Entonan este canto con voz pura:

«¡Cayó el bravo, cayó, y en la pradera
Resonó de sus armas el sonido!

1 Flores.

2 Morven, montaña de Escocia, en el condado de Argile, cerca del estrecho de Mull, en ella existe la gruta de Fingal.

3 La gruta de Fingal, en la isla de Staffa, una de las Hébridas, dependiente del condado de Argile, es debida al enfriamiento de la roca basáltica, así que presenta por todas partes formas prismáticas regulares que constituyen galerías y naves adornadas de columnas, y ángulos entranes y salientes tan simétricos que parecen hechos por la mano del hombre. Por los ruidos que en ella produce el mar y el viento se la llama gruta armoniosa, y dicen los gaélicos que los hijos de Fingal hacen sonar sus arpas eolias y le llevan todas las tradiciones del país.

Pero á la enfermedad, que desespera,
Ni á la debil vejez, no ha sucumbido.»

Después, con dulce voz, así cantaban:
«El niño que no vió nuestras auroras,
Ni conoció las penas que nos clavan
Dentro del corazón flechas traidoras.

Allí, en tropas dichosas infantiles,
Al resplandor del alba lisonjera,
Encierran en los gérmenes sutiles
Las flores de la linda primavera.

Le hemos visto, Malvina, al tierno infante,
Envuelto en una nube de colores,
Que se vino á nosotras, y al instante
Derramó en nuestros campos bellas flores.

Enjuga tu llorar, bella Malvina,
Porque el bravo cayó con su armadura,
Y de Cromla 1 á la plácida colina
Tu muerta flor mil flores asegura.»

Este canto calmó su dura pena,
Y las hijas de Morven, más sencillas,
Y hadas todas de rosa y azucena,
Pusieron á sus pies *margaritillas*.

En la historia como en la poesía y en la fábula, llevan el nombre de Margarita varias mujeres célebres:

Santa Margarita, virgen y martir, muerta en Antioquia en 273. Santa Margarita de Cortona, reina de Escocia. Margarita Teresa de España, emperatriz de Alemania, hija de Felipe IV. Margarita de Francia, reina de Inglaterra, hija de Luis VII. Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos, y otras. En la fábula es célebre la Margarita del *Fausto*, de Goethe. También llevan el nombre de la flor la isla Margarita, en las Antillas; la isla de Santa Margarita, antigua Lero, en el Mediterráneo, al SE. de los Alpes marítimos, que perteneció á España en otro tiempo, y donde existe el fuerte del mismo nombre, construído por Richelieu.

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

ROBESPIERRE

Crónica dramática del Terror.

Escena VII.

Dichos, ENRIQUE.

LUISA.

(Corriendo á abrazar á Enrique.)

¡Enrique! Enrique mío, á tiempo llegas. Pero, ¡qué pálido vienes! ¿Qué sucede?

(Teresa y el Marqués se acercan también á Enrique. Robespierre que da solo en primer término mirando de reojo y con terror al grupo que forman los demás actores en el fondo.)

MARQUÉS.

Habla, Enrique. ¿Las turbas quieren libertar al tirano?

TERESA.

¿Qué hace la Convención?

ENRIQUE.

(Con acento agitado y breve.)

No lo sé. Las tropas de la Asamblea pueden llegar de un momento á otro, pero entretanto el número de los revoltosos que intentan penetrar en la cárcel, va creciendo por instantes.

MARQUÉS.

¿Y la guardia?

ENRIQUE.

La guardia hasta ahora se conserva fiel á la Convención y cierra el paso á las turbas, pero esto no puede durar. Padre, Luisa mía, Teresa, haced lo que os voy á decir sin replicar. No podemos perder tiempo en discusiones. Abierta tenéis esa reja. (Señalando la del fondo.) Salid al patio y esperad al pie de la escalera principal... Si los amotinados, como es de temer, fuerzan la entrada é invaden la Conserjería, procurad disimular vuestra presencia en la oscuridad y confundiros después con la multitud. Es la única tabla de salvación que se nos presenta.

LUISA.

Tú vendrás con nosotros.

ENRIQUE.

Tengo antes que hacer aquí; pero no temas; pron-

1 Cromlech ó Cromlek, del anglo-sajón *Crotum*, curvo, y *leck*, piedra sagrada, es un monumento céltico, formado por varias piedras en círculo al rededor de otro más grande.

to estaré á vuestro lado. (A Luisa que quiere hablar.) Luisa, si me amas obedéceme sin replicar. Confía en Dios y en tu Enrique.

LUISA.

(Bajando la cabeza.)

¡No sabes qué sacrificio pides á mi amor!

MARQUÉS.

(Aparte á Enrique.)

¿Qué vas á hacer?

ENRIQUE.

Padre, voy á hacer lo que debo. ¿Tenéis confianza en vuestro hijo?

MARQUÉS.

Sí.

ENRIQUE.

Pues no me preguntéis más: acompañad y sostened á Luisa. El tiempo vuela. ¡Idos por Dios! (Luisa se deja llevar hasta la puerta. Al salir se echa en los brazos de Enrique que la estrecha enternecido contra su corazón. Aparte.) ¡Dios mío! ¡Haz que yo los vuelva á ver!

(Salen los tres.)

Escena VIII.

ENRIQUE, ROBESPIERRE.

(Enrique deja la linterna sobre una mesa y se adelanta pálido y decidido hacia donde está Robespierre.)

ENRIQUE.

¿Sabes á lo que vengo?

ROBESPIERRE.

¿A qué vienes, Enrique?

ENRIQUE.

Vengo á ver si sabes morir, Maximiliano.

ROBESPIERRE.

¿Quieres matar á un prisionero indefenso?

ENRIQUE.

Sí, porque se llama Robespierre. Matarte á ti no es matar á un hombre, es matar la guillotina. Arrancarte la vida es la obra más noble y más piadosa que puede ejecutar un brazo francés.

ROBESPIERRE.

Mira lo que vas á hacer, Enrique. La Conserjería puede ser invadida por mis parciales de un momento á otro...

ENRIQUE.

Por eso vengo á arrancarte la vida. Tú eres hoy la personificación del sistema cruel que ha convertido á mi patria en un inmenso matadero. Pues bien, á los que vienen á buscar en ti una bandera yo les arrojaré un cadáver ensangrentado.

ROBESPIERRE.

¡Oh!

ENRIQUE.

Al encargarme de conducirte aquí, prometí solemnemente á la Convención no entregarte vivo á los sediciosos... La sedición está ya á punto de romper las puertas de tu encierro para salvarte... Vengo á cumplir mi palabra... Prepárate pues.

ROBESPIERRE.

No, no es posible... En tu raza no ha habido nunca verdugos.

ENRIQUE.

¡No es verdugo el que libra á su patria de un tirano...! Pero dicen bien; el herir á un hombre indefenso, aunque este hombre se llame Maximiliano Robespierre, repugna al corazón de Enrique de Nerac... (Saca dos puñales y presenta uno á Robespierre.) ¡Toma, ahí tienes un arma! ¡Es un puñal! Es el arma silenciosa de los oprimidos... No tengo á mano otra más noble. (Con ademán imperioso.) ¡Toma! (Robespierre toma el puñal maquinalmente.) Estoy seguro de matarte; pero no se dirá que lo hago con ventaja... Las condiciones son iguales... Defiéndete.

ROBESPIERRE.

El combate feroz que me propones repugna á mi corazón sensible. ¡Yo soy un hombre de paz y de ley!

ENRIQUE.

¡Ah! Ya veo que es mucho más cómodo y más seguro tener siempre á mano un tribunal y un verdugo que se encarguen de ser ejecutores de tus implacables voluntades... Pero ha sonado la hora de la justicia... Oye bien lo que voy á decirte: ningún hombre ha contraído ante Dios y ante sí mismo un propósito más firme que el que yo traigo de liberar á Francia de tu insostenible yugo. ¡No! Tu nombre no volverá á ser bandera de terror y de sangre. Tú amas la vida con frenesí. ¡Defiéndela!

ROBESPIERRE.

¡Oh! ¡Sí! Yo no quiero morir. Pero el contacto de ese hierro fatal paraliza mi brazo.

ENRIQUE.

(Aparte.)

Probemos á irritar su soberbia (Alto.) No lo tenías paralizado cuando entregaste al verdugo la cabeza de Vergniaud y de los demás girondinos. ¿Cuál era, sin embargo á tus ojos su único delito? El de ser mejores oradores que tú.

ROBESPIERRE.

¡Es falso! Los girondinos perecieron porque con su charla peligrosa corrompían la conciencia de la revolución... Robespierre no tenía por qué temerlos. Pero, ¿por qué mi lástima había de sobreponerse á los intereses de la patria?

ENRIQUE.

¿Y cuál fué el crimen de Camilo Desmoulins? ¿Por qué le enviaste á la guillotina? Por envidia.

ROBESPIERRE.

¡Yo envidia á un escolar aturdido!

ENRIQUE.

Sí, la elocuencia de sus escritos irritaron tu vanidad.

ROBESPIERRE.

¡Mi vanidad pone su punto de mira un poco más alto. Lo que perdió á Camilo fué su complicidad en los planes ambiciosos de Danton.

ENRIQUE.

¡Ah! ¡Danton! ¡Qué nombre has pronunciado, Maximiliano!

ROBESPIERRE.

El nombre de un traidor.

ENRIQUE.

De un rival.

ROBESPIERRE.

No, de un traidor.

ENRIQUE.

De un rival que te hubiera aplastado si le hubieras acometido de frente.

ROBESPIERRE.

Yo he derribado á otros colosos.

ENRIQUE.

Sí, pero á ése le has derribado, mordiéndole como la víbora, mientras dormía.

ROBESPIERRE.

¡Mientes!

ENRIQUE.

Sí, mientras dormía... Derribado y preso le pusiste una mordaza, porque temías todavía las explosiones de su elocuencia.

ROBESPIERRE.

¡Te digo que mientes!

ENRIQUE.

¿Qué quedará de ti cuando tu nombre no esté ya protegido por el verdugo, orador mediano, terrorista cobarde, sofista envidioso?

ROBESPIERRE.

(Fuera de sí levantando el puñal.)

¡Basta!

ENRIQUE.

(En actitud de lanzarse sobre él.)

¡Ah! Por fin...

ROBESPIERRE.

(Aterrado dejando caer el puñal.)

¡Espera! Todavía hay tiempo... El pueblo no ha forzado aún las puertas de la cárcel... Concédeme algunos momentos... (Aparte.) ¡Sí... es preciso morir...! El puñal que aferra su mano, es el puñal del destino... Toda resistencia es inútil. La sangre pide sangre y ha llegado su vez á la mía... ¡Oh fatalidad! He domado por el Terror á millones de hombres y heme aquí subyugado por el terror que me inspira un hombre solo... Corazón que has vivido por el odio, ¿por qué te dejas invadir ahora por este insensato amor á la vida? ¡No veo por todas partes más que cabezas sin tronco que me miran con ojos ardientes y vengativos! ¿Por qué me miráis así, sombras de muerte? ¿Pretendáis vivir siendo enemigos de Robespierre? Si hubiérais sido vosotros los más fuertes ¿no hubiérais bebido con delicia y gota á gota toda mi sangre? Vuestro odio es el que me ha obligado á ejercer la dictadura de la muerte. ¡Ah! la implacable segur del Terror ha cortado mieses humanas, como la hoz del segador los trigos del

campo... ¡Esas mieses amontonadas me han servido de pedestal, pero he resbalado en la sangre y me veo precipitado en un abismo sin fondo!

ENRIQUE.

Maximiliano, ¿estás ya dispuesto?

ROBESPIERRE.

No, déjame todavía... Un breve instante te sobra para matarme...

ENRIQUE.

No, pongamos término á esta escena cruel... Tengo necesidad de salir de aquí y no puedo hacerlo sino pasando sobre tu cadáver.

ROBESPIERRE.

¡Mira que estoy desarmado!

ENRIQUE.

Pues recoge ese puñal y acabemos...

ROBESPIERRE.

¡Ah! ¡No...! Sería inútil.

ENRIQUE.

Pues entonces... ¡Muere sin defensa!

(Al vibrar el puñal contra Robespierre, Luisa que entra seguida del Marqués y Teresa se precipita en medio de los dos.)

LUISA.

¡Enrique!

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se concluirá.)

MUCHA CIENCIA CONDUCE Á LA FE;

POCA, ALEJA DE ELLA.



SOBRE esta sentencia de Bacón leyó el señor D. José Santiago Orts un breve pero sabroso discurso, en el acto solemne de la distribución de premios á los alumnos del colegio de Escuelas Pías de Yecla, del cual tomamos los párrafos siguientes, que contienen la parte doctrinal del mismo.

«¡La ciencia! Nombre augusto, nombre sacrosanto, nombre celestial, que todo lo dice, que todo lo llena, que todo lo abarca, que todo lo estudia, que todo lo analiza, que á todo se extiende, que todo lo alcanza.

¿Qué es la ciencia? ¿Es posible que bajo este nombre venerando no haya error que no pretenda cubrirse, ni sueño que no aspire á realizarse, ni delirio que no intente sostenerse, ni desvarío que no quiera justificarse, ni absurdo que no tienda á defenderse, ni locura que no trate de sincerarse, ni utopía, en fin, que no se empeñe en difundirse y acreditarse? ¿Qué es la ciencia? ¿Es posible concebir que dentro de sus vastos y dilatados dominios, alcancen el mismo hospitalario asilo la verdad y el error, la realidad y la mentira, la piedad y el descreimiento, la virtud y el vicio, el honor y la hipocresía, la bondad y el crimen, la rectitud y la venalidad, lo justo y lo injusto, lo cierto y lo falso, el indemostrable axioma y la hipótesis descabellada? ¿Habremos de suponer, que con irreflexiva ductilidad presta su majestuoso manto á todas las escuelas, á todos los sistemas, á todas las sectas, á todos los ensayos, á todas las doctrinas, á todos los sofismas, á todas las teorías, á todas las opiniones, en fin, por opuestas, contradictorias é inadmisibles que sean?

No, y mil veces no. La ciencia no puede ser jamás culpable de los errores en que incurrten los que á su culto se consagran. La ciencia no puede ser jamás responsable de los extravíos de los que, porfiados, se esfuerzan por alcanzar sus favores. La ciencia no puede, ni ha podido desmerecer jamás por las extravagancias de los que, presuntuosos ó mal intencionados, osan tomar su augusto nombre, para acreditar sus irrealizables concepciones. La ciencia no puede ni debe jamás ser solidaria de las torpezas y desaciertos, que en su venerando nombre se propalan. La ciencia no puede, ni debe jamás verse envuelta en el descrédito que alcanzar pueda, á los tenaces forjadores de quiméricos é insostenibles sistemas.

Yo bien se que, como dice el P. Carbonelle en su magnífica obra *L'aveuglement scientifique*, difícilmente se encontrará un solo ateo ó un solo materialista, por ignorante que sea, que no se llame y se crea un campeón de la ciencia moderna. Cierta es que en nombre de la ciencia, blasfema el ateísmo, y el materialismo todo lo niega, y el panteísmo todo lo diviniza, y el naturalismo no encuentra en toda la naturaleza el nombre adorable de su excelso Hacedor, y el repugnante darwinismo degrada la nobleza y dignidad de la raza humana, y el moder-

no racionalismo pretende soberbio medir sus fuerzas con el mismo Autor de la razón, y el positivismo, ese vergonzante disfraz del viejo materialismo, prescinde de Dios y del alma, para negarlo después todo; y en nombre de la ciencia misma se pretende divorciar á la ciencia de la fe, y el escepticismo se extiende, y cunde la duda, y un canceroso indifrentismo avanza y se propaga.

Pero, ¿qué tiene que ver con todos esos extravagantes sistemas la ciencia, la verdadera ciencia, la ciencia de la realidad, la ciencia que todo lo purifica y ennoblece, la ciencia, que todo lo eleva y dignifica, la ciencia que todo lo sublima y engrandece, la ciencia bienhechora, la ciencia depositaria de eternos é inquebrantables principios, á los cuales todo hombre de estudio y de recto juicio, debe indefectiblemente sujetar sus procedimientos, si de buena fe se propone investigar la verdad, cuyo pleno y clarísimo conocimiento es el que únicamente conduce á la posesión legítima é incontestable de la ciencia?

En esto hay un error muy trascendental, y bien lamentable por cierto, porque es el origen de esa pasmosa facilidad con que se acogen y difunden todas las doctrinas, por falso y deleznable que sea su fundamento. Y es tanto más de extrañar esa benevolencia, y hasta entusiasmo, con que se acepta toda idea nueva, en una época precisamente en que tanto se habla de los fueros de la razón, en que ya nadie hace caso del *magister dixit*, con que en las antiguas escuelas se pretendía imponer la enseñanza del maestro. Desatendido el principio de autoridad en todas sus esferas, no había para qué hacer de él una excepción en la esfera científica. De tal modo, que la frase autoritaria, si así puedo llamarla, de otros tiempos, ha venido á ser sustituida por la tan repetida, y de la que tanto se ha abusado, *non jurare in verba magistri*. Grito de independencia lanzado por la soberbia razón, que se niega rebelde á prestar su asentimiento aun á doctrinas y sistemas depurados y esclarecidos ya cien veces por una severa y concienzuda crítica, por un detenido y sesudo análisis.

Pues bien, en estos tiempos que sin dificultad podemos llamar de discusión y de exigente crítica; en estos tiempos, en que tanta y tan exagerada importancia se quiere asignar á las ciencias de experimento y observación, que no parece sino que en ellas se encierra todo el humano saber; en estos tiempos, en que cada hombre se considera con luces superiores y conocimientos bastantes para erigirse en autoridad científica inapelable, vemos con profunda pena y amargura de nuestro corazón entusiasmarse irreflexivamente algunos con cualquiera nueva teoría, que se les propone sin más razón, para este súbito é inexplicable fascinamiento, que la arrogante osadía de un escritor, de más ó menos renombre, presentando sus personales opiniones, meras hipótesis quizás, ó antiguos y trasnochados errores, mil veces ya vistoriosamente rebatidos, como si fueran verdades inconcusas, como el supremo esfuerzo de una inteligencia privilegiada, como el *summum* de las investigaciones, como el último paso hacia el progreso humano, como la última palabra de la ciencia.

Este es, pues, el error en que frecuentemente incurren los amantes de toda novedad científica. La sana lógica le cuenta en el número de las falacias con el nombre de *non causa pro causa*; y consiste, en el caso presente, en atribuir á la ciencia lo que es propio de la inteligencia limitada del hombre. Nada más general en nuestros días que confundir á la ciencia con el hombre; pero nada más distante de la recta razón. La ciencia no es el hombre. La ciencia es y ha sido siempre anterior y superior al hombre. La ciencia es un don. Nada lo demuestra tanto, como esos mismos esfuerzos del hombre para alcanzarlo. La ciencia es la verdad; y la verdad es la realidad, *id quod est*, como la define el gran filósofo de Hipona, y con él todos los filósofos del mundo; y la realidad de las cosas es enteramente independiente de la voluntad del hombre. Esa magnífica serie de verdades relacionadas unas con otras, y subordinadas todas á un principio, que es lo que constituye la ciencia, existe y ha existido siempre sin que la voluntad del hombre haya tenido en ella la menor parte. La verdad, base firmísima y fundamento inquebrantable de la ciencia, no necesita, para ser lo que es, del concurso de la acción humana. El hombre no ha podido crear la verdad. Prueba de ello, que el hombre es el que, utilizando los adelantos y hasta los errores de las generaciones que le precedieron, llega, á fuerza de perseverancia y laboriosidad, al cabo de mucho tiempo, de muchos años, de toda su vida tal vez, á conseguir conocer alguna que otra verdad de las innumerables que atesora la ciencia. Pero, si en sus penosas investigaciones, tropieza con el error, y creyendo, por una

ilusión de su miope inteligencia, haber encontrado una verdad, lo presenta y exhibe tal y como él lo considera en nombre de la ciencia, usurpa un nombre que no tiene autoridad bastante para usar; porque la ciencia no es el error, ni patrocina el error, ni puede transigir jamás con el error.

Si hay, pues, error, culpa será del hombre, pero no de la ciencia. La ciencia no enseña el error; la ciencia enseña la verdad, y la verdad es un destello de la verdad absoluta é increada, que es Dios. Tanto es así, que la verdad se distingue por dos caracteres principalísimos y esenciales, que revelan su origen divino y que la diferencian del error. La verdad, como Dios, de quien emana, es siempre una é inmutable: mientras que el error, por su propia naturaleza, es siempre *vario* y *mudable*. La inestabilidad forma su carácter esencial. Pudiéramos aún decir del error, que es un pobre y desventurado ciego, que anda siempre á tientas y por todos lados buscando desatinado su camino, sin acertar jamás con él. Por lo mismo, ciencia que predica el error, no puede nunca aspirar á la honrosa categoría de *verdadera ciencia*: porque si la ciencia enseña la verdad, y no puede concebirse verdad contra verdad, principio contra principio, tampoco puede admitirse ciencia contra ciencia. Ved, pues, cuánta ignorancia acusa el negar que las ciencias todas tienen un mismo purísimo origen: Dios.

Por esta razón, no hay ciencia; ya corresponda al grupo de las conocidas con el nombre de filosóficas; ya al de las morales y políticas, ya al de las exactas y naturales, que no lleve al hombre, como de la mano, al conocimiento y adoración de Dios, con la misma seguridad y acierto con que lo hacen las llamadas ciencias teológicas. Y es muy conforme á razón que así suceda. Dios, autor de todo lo criado, no había de darse á conocer á sus criaturas de un solo modo, por un solo procedimiento. ¿Qué sería entonces de los que no tienen la fortuna de entrar en el santuario de la ciencia, y gozar de todos los misteriosos secretos que en él se encierran? ¿Qué culpa, por otra parte, tendrían de su ignorancia los que sólo dispusieran de un orden de medios para conocerle? Pero no. Dios, todo amor, quiere ser conocido y amado de todos. Por eso, el filósofo le descubre en sus elucubraciones; y el naturalista le halla á cada paso en la creación; y el astrónomo le ve rigiendo los mundos; y el físico contempla sus obras, absorto y lleno de entusiasmo; y el químico bendice su augusto nombre, al estudiar la minuciosa composición de los seres; y el matemático encuentra en sus profundos cálculos la razón de su necesaria existencia; y el geólogo admira su infinita sabiduría y su inmenso poder; y todos los hombres verdaderamente científicos elevan himnos de gratitud y de amor á ese supremo Sér, causa de las causas, principio y fin de todas las cosas.

No molestaré vuestra cortés atención después del brillante y oportunísimo discurso del tan modesto como ilustrado P. Sr. Rector de este centro literario, acumulando aquí citas de los hombres más eminentes en todos los ramos del saber, de esos seres privilegiados, astros de primera magnitud en el firmamento sereno de la ciencia, que aparecen destinados por Dios en diferentes épocas para ser maestros y guías de la humanidad, los cuales han demostrado con su reconocida competencia, con la autoridad indiscutible de su asombroso saber, la religiosidad de la ciencia, dando así un solemne *mentis* á esos presuntuosos sabios, que á toda hora nos atruenan los oídos con la pretendida incompatibilidad entre la ciencia y la fe. No. La ciencia no puede ser jamás incompatible con la fe. Ya lo dijo el gran Tertuliano en el siglo II: *La fe no teme á la ciencia; la fe sólo teme no ser conocida de los que se llaman científicos*. Y ¿cómo ha de temer la fe á la verdadera ciencia, si cada progreso científico es, según el célebre Gaudichand, una nueva demostración de la Verdad eterna?

Dos palabras para terminar. A mediados del siglo XVI, lanzóse un día al campo, con generosa intrepidez, un niño de cinco años con un cuchillo en la mano, diciendo que *iba á matar al demonio, porque incitaba á los hombres á ofender á Dios*. Si este inocente arranque demostraba ya entonces un espíritu dotado de los más nobles y levantados sentimientos, un espíritu henchido de caridad, de amor á Dios y á sus semejantes, cuyas almas á toda costa ansiaba salvar, aun desde su infancia, el tiempo vino á confirmar cuán profundas raíces tenía en el corazón de aquel privilegiado niño su infantil propósito de luchar contra el enemigo común de la salvación de los hombres.

Como éste cayó del pedestal de su gloria por la soberbia, compañera inseparable de la ignorancia, comprendió nuestro niño, siendo ya hombre y hallándose á la sazón en Roma, que la mejor arma para combatir al enemigo era atacar la ignorancia,

facilitando á todos la instrucción, pero más principalmente á los niños infelices, cuyos padres carecían de medios para el efecto.

Consultado el pensamiento entre otras dignísimas personas, con el venerable párroco de la iglesia de Santa Dorotea, no sólo mereció su aprobación y aplauso, sino que se brindó á ayudar personalmente al inspirado fundador en su santa y civilizadora obra, ofreciéndole además dos habitaciones de su casa para instalar en ellas su escuela gratuita, como así se verificó en 1597, mereciendo su caritativo fundador los más justos y satisfactorios elogios del Sumo Pontífice Clemente VIII, y oír más tarde, en 1607, de labios del Padre común de los fieles. Paulo V, que *Dios era el Autor de aquella institución*, No necesito deciros que aquel generoso niño, fundador más tarde de una escuela de primeras letras y doctrina cristiana, era el virtuosísimo, el humilde, el doctísimo, el incomparable, el perinclaro español San José de Calasanz.

Este fué el principio de las Escuelas pías, providencial orden religioso, cuyos tan modestos como ilustradísimos hijos, hállanse extendidos y diseminados por Europa y una gran parte de América, contribuyendo con sus grandiosos é incalculables esfuerzos á la causa de la verdadera civilización, al mejoramiento progresivo de la humanidad, á la vida y bienestar de los pueblos.

¡Qué felices debéis sentirlos en estos solemnes instantes! ¡Qué día de júbilo y alegría para vuestros tiernos padres! Grande, justísima, natural, legítima es vuestra satisfacción, al recibir públicamente el premio debido á vuestra aplicación y excelente comportamiento durante el curso terminado. Yo me asocio con todo mi corazón á ese intenso regocijo que experimentáis, al contemplaros en medio de tan brillante y escogido concurso como lo que realmente sois, como alumnos modelos de este ejemplar Colegio. Pero no olvidéis al propio tiempo, que habéis contraído una gran deuda de gratitud con vuestros sabios maestros, que os han consagrado todos sus conocimientos, todos sus afanes, todos sus desvelos, toda su actividad, todo su celo, todo su cariño; y, no contentos con eso, como si todo eso fuera poco todavía, han preparado por vosotros y para vosotros únicamente esta fiesta literaria, á fin de honrar solemnemente vuestros nombres y vuestros merecimientos. No olvidéis, pues, que, si mucho honor y galardón recibís esta mañana, grande é ineludible es también el deber que tenéis de corresponder toda vuestra vida á esta querida casa, conservando siempre en vuestras almas un vivo, afectuoso y agradecido recuerdo á los que os enseñaron en vuestros tiernos años la primera virtud que debe adquirir todo hombre: la laboriosidad.

Tened constantemente presente, que *quien mucho recibe á mucho queda obligado*. No es mía, por cierto, esta frase. Hace diecinueve siglos que salió de los augustos labios del adorable Redentor del mundo. *Cui multum datum est, multum quaeretur ab eo*.

Pero ahora advierto, señores, que estoy aconsejando á estos alumnos la gratitud, y soy aquí el primero que debo daros muestra de ella por la paciencia que habéis tenido en escucharme.

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL R. P. MIGUEL MIR.

(Continuación.)



Otra cosa se advierte, además, extraña á primera vista, pero que nace de la misma causa y está fundada en la misma ley que gobierna y determina la manera de obrar de nuestra alma en lo que se refiere á la expresión de sus ideas y sentimientos, es á saber, que todos ó casi todos los escritores de aquella edad, y señaladamente aquellos cuyo estilo más nos deleita y admira, son, no literatos de oficio que vivieron entre libros y mamotretos, sino hombres muy experimentados en las realidades del mundo, curtidos al sol, y que más que con el polvo de las Academias se honraron con el polvo gloriosísimo que se pega á los cuerpos en el recio combatir de la vida. Así, Garcilaso compone sus églogas dulcísimas entre el ruido de las campañas de Italia, Africa y Provenza; Hurtado de Mendoza escribe versos y diálogos literarios á

vueltas de notas y negociaciones diplomáticas; Ercilla redacta la *Aráucana* lleno aún del sudor del combate en que ha tomado parte y que va á describir; Lope de Vega pasa su vida agitada en viajes, contiendas y aventuras, siempre luchando y siempre escribiendo; Cervantes, paje en Italia, soldado en Lepanto, cautivo en Argel, alcablero en España y siempre pobre, roto y deslucido, alterna sus penas y amarguras con versos y novelas, y fantasea su fábula inmortal de *El Ingenioso Hidalgo* «en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación¹» Y por estos patronos están cortados Quevedo, Alarcón, Aldana, Hernández de Andrade, Gutierre de Cetina y otros mil. Y aun los que como Avila, Granada, Mariana, Ribadeneira, por razón de su profesión y estado, hubieron de llevar una vida más pacífica y tranquila, no pudieron sustraerse á la actividad incomparable que agitaba entonces á la nación entera, pasando por vicisitudes muy diversas, peregrinando por provincias y reinos extraños y tomando parte en los públicos acontecimientos.

Esta experiencia de la vida y el uso y conversación con los hombres y el contacto inmediato con la naturaleza, comunicaron al estilo y á la lengua de nuestros escritores una vivacidad y un realce prodigioso. El espectáculo variadísimo de los objetos que de continuo pasaban ante su vista, los sucesos extraordinarios á que asistían, el visitar regiones nuevas y desconocidas, la diferencia del paisaje y la variedad de los fenómenos que les ofrecía el maravilloso campo de la naturaleza, hubieron de excitar su fantasía y enardecer su entusiasmo. La familiaridad con los trabajos y peligros prestó firmeza y solidez á sus convicciones; la experiencia de las grandezas y vanidades humanas robusteció sus sentimientos; el generoso entusiasmo por la gloria de la nación, que al impulso de todos se agrandaba y enaltecía, engrandeció sus ideas y avigoró maravillosamente sus espíritus. Mucho pudieron aprender de los libros, pero más en la escuela práctica de la vida y en la realidad de los acontecimientos, resultando de este aprendizaje una riqueza indecible en la lengua que usaron, en la variedad de las frases y formas de decir, en la elocuencia de las dicciones, esforzándose por igualar la grandeza de las ideas y la vehemencia de los afectos que conmovían sus almas.

De Racine se dice que le bastaron mil doscientas palabras para escribir todos sus dramas. De seguro no puede afirmarse cosa semejante de ninguno de los autores dramáticos españoles. Su lengua es más copiosa, su diccionario más rico, más variado y abundante. Espaciándose libremente por todos los campos abiertos á la investigación humana, reciben mayor número de impresiones de los objetos á que tiende su vista. Penetrando en el laberinto del corazón del hombre, conocen sus senos y escondrijos, sus entradas y salidas y la infinita variedad de sus embates y maquinaciones; y como todo lo pintan y ponen delante de los ojos, como á cada cosa dan su voz y á cada diferencia de matiz su diferencia de tinte y de colorido, el calor, la acción, la vida de las pasiones y sentimientos que describen, discurren vigorosísimas en su lenguaje y le comunican una riqueza y variedad incomparables. Si no les bastan las voces conocidas, las inventan nuevas. Su genio, excitado por la experiencia, hácese de continuo creador. Al toque de la mágica varilla brotan frases y modos de decir originalísimos, expresiones vivaces é idiomáticas, figuras galanas y bizarras, pregoneras de la opulencia de ideas y sentimientos de que rebosan las almas. Y esto no es propio de unos pocos escritores de aquella edad, sino de todos, pues no hay uno siquiera, aun de los más

oscuros, donde no se sorprendan á cada paso frases admirables por su novedad y valentía, menoscabándose esta riqueza según nos alejamos de aquel período gloriosísimo¹.

Tan grande exuberancia de vida como lozaneaba en la lengua castellana era argumento de haber llegado ésta al punto ó colmo de perfección, que, asemejándolo á los seres vivos, pudiera ser llamado la madurez ó desarrollo completo de su organismo. Tienen en efecto las lenguas su infancia, su crecimiento y edad madura no menos que su vejez y decrepitud; y esta diferencia de edad se manifiesta en el grado de energía con que se desenvuelven en ellas los gérmenes de sus vidas, y en la fuerza con que se oponen á los elementos extraños que atentan á su destrucción y á su muerte. Mientras están en el período de la niñez y su organismo no ha logrado todavía el desarrollo ó crecimiento á que va encaminado, aunque las formas radicales estén completas, es muy escaso el número de las derivadas, en especial, aquellas cuya formación supone mayor cultura y adelanto de la inteligencia; la sintaxis, además, flota vaga é indecisa, la expresión está falta de color y toda la vida es raquíta y miserable y expuesta á estragarse fácilmente al contacto de otras lenguas más vigorosas. Mas llegado el punto de su madurez y florecimiento, todas las formas propias y legítimas gozan ya de su desarrollo natural, la construcción campea gallarda y vigorosa, la frase es brillante y colorida, y toda la vida tan pujante y lozana, que no sólo se conserva pura y hermosa á través de todos los obstáculos, sino que acrecienta su vitalidad aun con aquello mismo que intentaba menoscabársela. Tal sucedió con nuestra lengua en el siglo de nuestra mayor grandeza. Llena de vigor y de vida, levantó á su mayor desenvolvimiento y plenitud las formas cuyos gérmenes habían ido brotando en las edades anteriores; acrecentó el número de las derivadas, sobre todo las expresivas de conceptos ó ideas abstractas; dió suma variedad y gracia á los modos de decir, á las expresiones proverbiales y á los giros agudos y sentenciosos; redondeó la cláusula, comunicándole admirable resonancia y armonía; prestó originalidad asombrosa á todos sus escritores, y se afirmó, en fin, y se robusteció de tal manera en lo que constituía la íntima virtualidad de su ser, que nunca la lengua castellana ha sido más enérgica que entonces, nunca más propia y original, nunca más vigorosa é independiente.

No hay duda que la hermosura de esta lengua y su riqueza y opulencia de formas, y la extremada elegancia de luz y de primores y delicadezas de estilo eran títulos bastantes para que, no conteniéndose en los límites en que naturalmente estaba circunscrita, saliese á peregrinar por el mundo y á solicitar la afición y el estudio de todas las gentes instruídas de Europa; pero al subir al carro de los triunfos de España y al coronar sus gloriosos trofeos, aquellos títulos fueron rubricados por la victoria, y la que era lengua particular de una parte no más de nuestra península; quedó convertida en lengua cortesana, aristocrática y universal.

Conocidas son las palabras de uno de los interlocutores en el *Diálogo de la lengua* escrito por los años de 1540, donde dice que «ya en Italia, así entre damas como caballeros, se tenía por gentileza y ganancia saber hablar castellano.» Es notorio además que en Roma y en París había por aquel tiempo estudios públicos donde se enseñaba la lengua española, y que, como ahora tenemos ayos que enseñan á los niños el inglés ó el francés, así los nobles de entonces tenían en sus casas ayos españoles que enseñaban á sus

hijos el uso de nuestra lengua¹. Era la lengua española la más común y la más extendida por Europa. En español se hablaba lo mismo en las márgenes del Tíber que en las del Sena y del Danubio; lo mismo en las alegres calles de Nápoles y de Milán que en las brumas de Gante y de Bruselas. Donde quiera que se ideaban empresas grandes y hazañosas, allí vibraban dominadores los acentos españoles. En español se habían dado los gritos con que los compañeros de Cristóbal Colón saludaron la isla de Guanahaní al divisarla desde las famosas carabelas. En español se hizo aquel reto, para siempre memorable, con que el intrépido Núñez de Balboa, marchando por entre las ondas, en una mano la espada y en otra la bandera de Castilla, tomó posesión del mar del Sur en nombre de los Reyes de España, jurando morir por defenderlo contra todos los reyes y príncipes del mundo. Españoles eran los ecos que resonaban en las lagunas de Anáhuac al ser atravesadas por Hernán Cortés y su ejército invencible. Españolas las primeras voces que repercutieron en las cumbres alterosas de los Andes, en las márgenes de Las Amazonas, del Magdalena y del Orinoco, en las selvas vírgenes de la Florida y de la California. Española la lengua que rodeó por primera vez el cerco de la tierra, envolviéndola en la majestad de sus sonidos. Española la predicción del Evangelio llevada por todo el mundo por nuestros frailes y misioneros, siempre luminosa y civilizadora, sobreponiéndose al estruendo de los combates, teniendo á raya los instintos de la codicia y la crueldad de la barbarie, y proclamando á boca llena los derechos de Dios, la hermandad de todos los hombres, el respeto á los débiles, los fueros de la virtud y de la conciencia.

(Concluirá.)

CULTO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Un respetable misionero nos ruega la inserción de la siguiente carta, á lo que accedemos con mucho gusto:

Fuente del Maestre (Badajoz), 5 de Julio de 1886. — Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN: Muy señor mío y de mi mayor consideración: Conocedor de la religiosidad y buenos sentimientos con que se halla escrita LA ILUSTRACIÓN, me atrevo á suplicarle inserte en ella estas mal trazadas líneas sobre las extraordinarias solemnidades y cultos, que en honor del Sagrado Corazón de Jesús han tenido lugar en esta villa durante todo el mes de Junio, y sobre todo en la solemne novena y fiesta principal. Hace algún tiempo que se estableció en ésta la Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, en la iglesia del convento que antes ocupaban los padres franciscanos, y aunque todos los años y viernes de la semana se han celebrado ejercicios, nunca han llegado á la solemnidad de este año, gracias á la distinguida y celosa señora Presidenta de la cofradía, doña María Montero de Ovando, la cual ha trabajado sin descanso casi todo el año preparando flores, colgaduras, doseles, paños de púlpito, banderas, llevando en su centro un magnífico corazón bordado y jaculatorias enriquecidas de indulgencias, todo lo cual hacía un conjunto verdaderamente admirable.

Es imposible describir en una carta la magnificencia que revestía el templo engalanado y con miles de luces que hacía palpitar al pecho más empedernido, dándonos una idea de la hermosura de la Gloria.

Todos los días Manifiesto, rosario y ejercicio ó novena, predicando conmovedores sermones los señores Párrocos de Almendralejo y de esta villa. El jueves, víspera de la fiesta principal, tuvo lugar una hermosa velada con iluminación en el paseo del convento, armonizando la música del pueblo, que se esmeró en tocar piezas escogidas. El contenido, la animación y alegría rebosaban en los pechos

¹ Llegó esto á tal extremo, que en el último tercio del siglo pasado D. Antonio Capmany pudo decir en su *Filosofía de la elocuencia*, parte 1.^a, art. III: «La mitad de la lengua castellana está enterrada; pues los vocablos más paros, hermosos y eficaces, hace medio siglo que ya no salen á la luz pública.»

¹ Prólogo á la parte primera de *El Ingenioso Hidalgo*.

de todos los habitantes de esta ilustre y levítica villa.

Demos la enhorabuena al Sr. Director de la Co-fradía D. Pedro Guerrero, á la señora Presidenta, doña María Montero de Ovando y á la señora Secretaria, doña Dolores Farfán, que con multiplicados sacrificios y desvelos han tributado honores y adoraciones al divino Corazón de nuestro Jesús, en desagravio de las ofensas que recibe de sus enemigos y los nuestros.

Doy á usted las gracias, señor Director, y sabe puede disponer de su afectísimo S. S. Q. B. S. M.
L. M.

MISCELANEA

Según datos del Dr. Dujardin-Beaumez, miembro del Consejo de Higiene y de Salubridad del Sena, desde 1.º de Enero de 1886, han sido mordidas en aquel departamento por perros hidrófobos 90 personas, de las cuales sólo una, que no acudió á las inoculaciones practicadas en el laboratorio de Mr. Pasteur, murió de rabia.

Este hecho parece probar de una manera irrefutable la eficacia del procedimiento de Mr. Pasteur.

Puede añadirse á esta noticia otra que desde Río Janeiro comunica á la Sociedad Biológica de París un médico llamado Sr. Freire.

Dice así:

«Desde el mes de Diciembre de 1884 hasta Abril de 1885 se han inoculado 3.051 personas, y ni una se ha muerto de la fiebre amarilla, mientras que en igual período han sido atacadas mortalmente 278 personas no vacunadas. El número de los vacunados asciende hoy á 6.000 y entre tantos no hay ni un solo fracaso.»

La siguiente anécdota culinaria, que tomamos de un largo artículo sobre higiene de los alimentos, prueba que hasta en esta materia el progreso moderno deja mucho que desear.

«Todo el mundo sabe que Alejandro Dumas fué glotón por excelencia.

Pues bien; este señor, como aficionado á la *bonne chen*, tenía un famoso cocinero tan especial en su *toilette*, que siempre llevaba unos mugrientos y asquerosos calzones de correa, calzones que parece ser los había heredado de sus antepasados, á juzgar por la forma y la secular mugre que tenían. Su amo, cansado un día de verle siempre tan asqueroso, le dijo:

— Ya te he dicho miles de veces que te quites esos calzones; no te vuelvas á presentar más con ellos delante de mí, porque estás repugnante y voy á perder el estómago.

A lo que contestó el jefe de su cocina:

— Muy bien, señor; yo le prometo á usted hacer lo que me manda, pero al mismo tiempo le digo que los ha de ver y le han de gustar sin conocerlos.

— Aunque los laves con ambrosía quedarán lo mismo — contestó el celebrado novelista.

Efectivamente, todo salió tal cual había anunciado el cocinero. A los pocos días fué llamado ante su amo para recibir gracias por unas exquisitas albóndigas que acababa de comer, rogando siguiera sirviéndoselas hasta que él se lo prohibiese... felicitándole á la vez porque lo veía con otros calzones.

El cocinero siguió sirviéndole albóndigas á su amo, y cuando éste se hartó de ellas llamó de nuevo á su jefe de cocina para que las suspendiera por unos días, y preguntóle al mismo tiempo cómo se las arreglaba para sacar tan ricas de sabor las tales albóndiguillas.

— Señor, eso lo hace la bondad de la primera materia.

— ¿Pues de qué son?

— De los pantalones de correa; ¿no dije á usted que le habían de gustar y que no los conocería?

Esta es la cocina en el ilustrado siglo en que vivimos; sólo tiende al halago del paladar y la vista, cual hemos indicado, aunque la salud y la vida desaparezcan del individuo.

Mucho cuidado, aquellos que sólo vivís para comer, con los hábiles cocineros, y lo mismo los que coméis para pasar la vida en continuos banquetes,

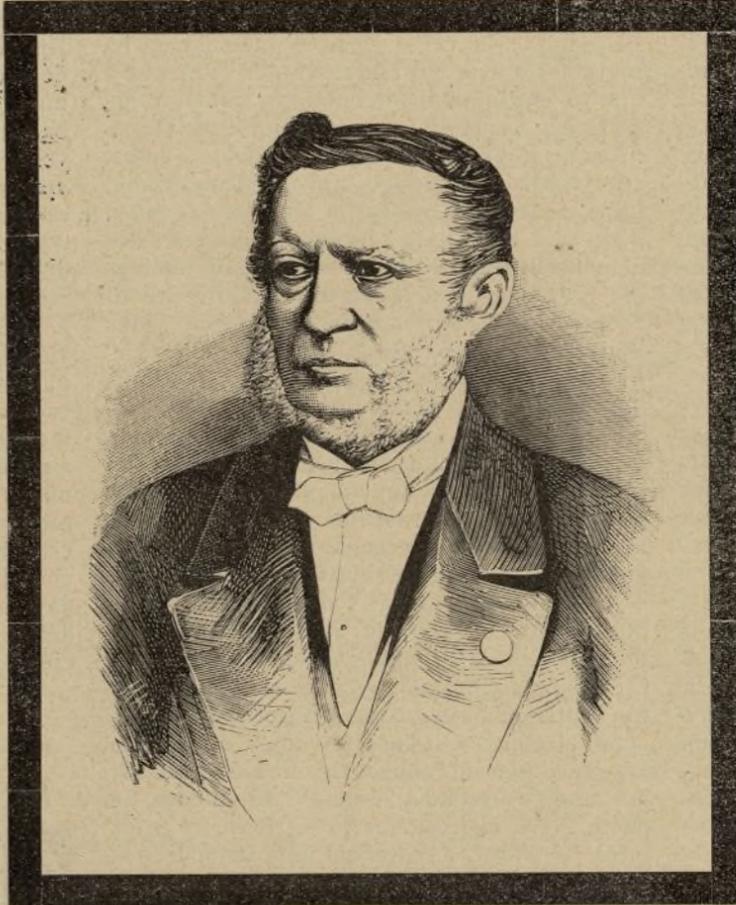
porque corréis el riesgo el mejor día de comeros con el mayor gusto los viejos arneses de vuestros caballos.»

En una Memoria publicada en Manresa sobre la marcha y los estragos del cólera en la invasión del año pasado, se lee el siguiente hecho curiosísimo:

«En la fábrica de los Sres. Balarri, Gallifa, Vila y Compañía, distante unos tres kilómetros de la ciudad y á las orillas del río Cardoner, hay un hermoso perro de Terranova que tenía la costumbre de bañarse todos los días en las aguas de dicho río, y con las que apagaba su sed. Dos días antes de presentarse el primer caso de cólera en el arrabal, en donde está enclavada la fábrica, y habiendo ya al-

tenía 14 por 100 de alcohol; cuatro, 13 por 100; cuatro, 12 por 100; ocho, 11 por 100; y tres, 10 por 100. Más ó menos aguados por este lado, los vinos resultan inofensivos. Pero las demás sustancias contenidas en ellos, han obligado al Laboratorio municipal á calificar esas muestras; dos de buenas, seis de regulares y doce de malas. Pocos son los vinos que no resultan enyesados y encabezados con aguardiente industrial; algunos muestran indicios de alcohol metílico, y más de la mitad contienen tierra aluminosa en cantidad de 0'360 por litro. En cambio, sólo una muestra ha presentado indicios de fuchina, lo que prueba que, en cuanto á color, los vinos importados en Madrid son de excelente color natural.

De las diecinueve muestras de aguardientes, sólo dos han sido calificadas de malas, por contener alcohol amílico.»



MONSIEUR MALOU, JEFE DEL PARTIDO CATÓLICO BELGA.

† en Bruselas el día 10 del corriente.

gún caso de cólera en las poblaciones de Suria y Callús, superiores en el cauce del río, no quiso el perro Al beber agua del río ni bañarse en él, haciéndolo sí en un arroyo distante como unos 600 metros de la casa. Al día siguiente de cantado el *Tu Deum* en Manresa volvió el perro á vadear el río, beber y bañarse en él como de costumbre. El análisis practicado por el doctor Botey dió por resultado hallar vírgulas coléricas en el agua del Cardoner.»

Hé aquí el remedio que propone contra la filoxera un ingeniero italiano llamado Leopoldo Gigli. Consiste en colocar en los primeros días de la primavera, bajo las raíces de la vid, carbón vegetal (con preferencia carbón de castaño) que haya estado algunos días sumergido en petróleo.

Asegura el inventor, que una sola aplicación basta para que las cepas queden libres del parásito, y muchas personas competentes de Italia apoyan con entusiasmo este procedimiento, declarándolo infalible.

Peor que la filoxera es la peste adulteradora que se ha apoderado de nuestra industria vinícola. Hé aquí un dato que puede servir para calcular esta calamidad pública:

«Como la celebración del Congreso de vinicultores ha puesto sobre el tapete la cuestión del vino, el teniente alcalde Sr. Cachavera ha hecho un ensayo sobre veinte muestras de vinos, tomadas en otras tantas tabernas, y diecinueve de aguardientes. Hé aquí el resultado que ha dado, según *La Correspondencia*:

«De las veinte muestras de vinos recogidas, una

El día 5 del corriente se terminó la primera parte de una notable operación, cual es la de determinar la diferencia de longitudes geográficas entre París y Madrid. Para conseguirlo, se trasladó hace más de un mes á la capital de Francia el ingeniero de minas español, Sr. D. Antonio Estéban, geodesta de la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico, y vino á esta Corte el comandante de Estado Mayor francés, M. Bassot, como delegado del Ministerio de la Guerra.

En la mencionada noche presenciaron las observaciones que efectuaba en París el Sr. Estéban, el subsecretario del Ministerio de la Guerra de Francia y el jefe de Estado Mayor, los cuales, puestos al habla con el ilustre general Ibáñez y con el Sr. Merino, les dieron calurosos plácemes por el buen éxito de la operación. Estos señores se apresuraron á devolver el saludo en términos igualmente afectuosos.

Dos capillas nuevas se han abierto al culto en la última decena; la de las Ursulinas de Pinto, en que tanta parte ha tomado el Sr. Marqués de Cubas, y de las Religiosas de la Santísima Trinidad en la calle de Ferraz en esta Corte.

Bendiga Dios á las almas caritativas que tanto bien hacen con sus limosnas en beneficio del culto católico. Sus actos no quedarán sin recompensa.

Curación de las heridas de los árboles. — Se facilita la curación de las heridas que resultan en los árboles al podarlos,

cubriéndolas con un betún compuesto de

Boñiga fresca de vaca.....	1.000 gramos.
Yeso.....	500 —
Ceniza cribada de madera.....	500 —
Arena silicea fina.....	60 —

Se forma una pasta homogénea con las precedentes materias, añadiendo un poco de agua para formar la masa, con la cual se cubren las heridas con el espesor de medio centímetro, y se espolvorea luego con una mezcla de una parte de ceniza y seis de polvo de huesos calcinados. El revestido de la herida se hace en tiempo seco, para que haya lugar á que se seque el betún antes de que las lluvias puedan arrastrarlo y dejar la herida al descubierto.

Metal blanco ó plata alemana.

Cobre.....	50
Zinc.....	25
Níquel.....	25

Esta es la composición de la aleación con la que se fabrican tantos objetos que al parecer asemejan á la plata á causa del bruñido y limpieza.

ERRATA IMPORTANTE

En el número 19 del año XI de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que corresponde al 5 de Julio del año actual, en la pág. 221, col. 2.ª, lín. 82 y col. 3.ª, lín. 44, 45 y 70 donde dice *Justas*, se leerá *Fecetas*; y en la pág. 224, col. 3.ª, lín. 74, donde dice *poeta*, también se leerá *feceta*.

MADRID.—Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.